

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 572.

## SUMARIO

Visita de los convidados en Compiègne á la plazoleta del Precipicio; grabado. — La fiebre amarilla. — Notas inéditas sobre Tomás Corneille; grabado. — Las carreras de Blidah; grabado. — Nuevas ascensiones al monte Viso

y al monte Cervin; grabados. — Revista de Paris. — Monte y república de San Marino; grabado. — El palacio de Prangins; grabado. — Paris y Londres en 1793. — La Natividad; grabado. — El Arbol de Navidad; grabado. — Bibliografía. — Ciencias. — Problemas de ajedrez; grabado. — El tenor Fraschini; grabado. — Nuevo Ateneo musical en Paris; grabado.

## Visita de los convidados en Compiègne

A LA PLAZOLETA DEL PRECIPICIO.

La plazoleta del *Precipicio*, en el bosque de Compiègne, tiene este nombre porque se halla rodeada de escarpadas cuestas en todos sentidos. Desde este punto la vista se extiende por un lado sobre el valle del *Aisne*,



Residencia de la corte en Compiègne : los convidados en la plazoleta del Precipicio.

en la dirección de Soissons; se recorre con la mirada la selva del *Aigue* y las aldeas situadas en la orilla derecha del río, *Choisy-au-Bac*, *Saint-Crepin-aux-Bois*, los *Bons-Hommes*, el *Franc-Port*, *Rethondes*, *Berneuil*, *Vic-sur-Aisne*, etc.

Nuestro dibujo está tomado mas á la derecha. Hé aquí primeramente el *Mont-Saint-Marc*, y en la pradera las casas blancas de *Vieux-Moulin* y su iglesia nueva. Mas lejos se eleva el pabellon que queda en la montaña de la habitación de los celestinos de *Saint-Pierre-en-Chastres*, desde donde se descubre todo el bosque parecido á un océano de verdura.

Hermosos puntos de vista hay tambien en el *Mont-du-Tremble* y en el *Mont-Saint-Marc*, que forma el tercer término á la izquierda.

El 17 de octubre de 1863, haciendo un tiempo magnífico, S. M. la emperatriz Eugenia, acompañada de los personajes que formaban parte de la segunda série de convidados á las cacerías de Compiègne, se dirigió por el camino imperial hacia la plazoleta del *Trean*, donde montó á caballo; y luego subiendo las cuestas de *Beaux Monts* por el camino *Tournante*, en medio de una espléndida arboleda, fué á visitar la plazoleta del Precipicio, nuevo punto de vista que aun no conocia. Los visitantes admiraron la belleza del sitio que se ofrecía á sus miradas. D.

### La fiebre amarilla. (1)

Un día, mas abrumada que nunca del pesar que me roía el alma, leía yo «Lelia.» El desorden de espíritu sembrado en todas sus páginas, esa desesperación sin objeto, ese dolor de la duda, el conjunto de delirios que hacen de ese extraño libro una sombría pesadilla, produjeron en mí un efecto inaudito.

Parecióme ver elevarse de los negros renglones que recorría, una niebla roja que subió á mis ojos y pasó á mi cerebro, transformándose allí en un inmenso torbellino que paseó sus ámbitos dilatándolos hasta lo infinito, é incendiándolos con soplos de líquido fuego. Y en tanto que una llama abrasadora devoraba mi cabeza, mi cuerpo aniquilado por extraña languidez se desplomaba como una masa inerte, y rodaba sin término en la pendiente rápida de un torrente cuyas olas color de azufre iban á perderse en los lejanos celajes del horizonte.

Al fin la amarilla onda que me arrastraba fué haciéndose mas lenta, el aire mas denso, la luz mas tenue hasta perderse en profundas tinieblas... Y un mar de olvido invadió mi ser....

Poco á poco, una vaga sensación de vida palpó en las fibras entorpecidas de mi corazón; un destello del pensamiento comenzó á colorear las brumas que oscurecían mi cerebro. Llamé largo tiempo á la memoria y vino al fin, pero tarde y por el extremo opuesto de mi existencia. Mas cuando quería llegar al tiempo presente, encontraba una valla insuperable que me detenía con mas fuerza, mientras mas me obstinaba en romperle. Fatigada de tanta lucha, di al fin paso al través de la mente al raudal de imágenes que venían de las oscuras regiones del pasado.

Ví una niña rosada, alegre y turbulenta correr saltando en los floridos campos.

Ví una joven, hermosa virgen, vestida de ligeros cendales, coronada de rosas blancas y de blancas ilusiones, dar la mano, el corazón y el destino al hombre que despedazó su destino y su corazón. Ví una madre, pálida, con los cabellos desgredados, velar de rodillas y anegada en lágrimas á su hija moribunda. Ví a los ojos secos y el corazón henchido de sollozos, estrechar contra su pecho á su niña muerta, y depositar con sus manos el yerto cadáver en la tumba.

Ví una mujer solitaria, abandonada impunemente por aquel que juró protegerla y amarla hasta la muerte. Ví, buscando el olvido en el tumulto del mundo, llamar en auxilio suyo á la coquetería, á la frivolidad, y reír, procurando ahogar con locas carcajadas los gemidos de su duelo. Ví, horrorizada de los misterios de iniquidad encerrados en ese mundo que ella creyó tan bello, pedir á la ciencia un asilo contra el dolor. Ví en fin, serena é impassible, hundir su mirada en las profundidades del cielo y de la tierra, y develar en ellas arcanos que me helaron de terror y desvanecieron mi largo desvarío.

Ví entonces á uno y otro lado de mi cabecera dos médicos tan feos, que me parecieron un apéndice de mi delirio....

¡Pero no seamos ingrata! los sabios ojos de aquellos señores descubrieron en el horrible tinte extendido sobre mi frente, mis manos y mis labios, la presencia de la fiebre amarilla. En consecuencia, combinando sus medidas, habian dado un ataque tan rudo que la derretaron completamente.

Alcéme del lecho, y me encontré ágil, casi aérea. Toqué mi frente. Estaba fresca; ¡ni una sola de las negras nubes que antes la oscurecían! Llevé la mano al corazón. Latía tranquilo, y lo sentí ligero, cual si le hubieran quitado un peso enorme. El dolor que lo abrumaba, que lo comprimía con su garra de hierro, habia desaparecido. La causa que lo alimentaba en el fondo del alma aparecióme lejana y separada de mí por un

(1) Tomamos de la *Revista de Buenos Aires* este artículo que segun escribe su autora, es «la historia de sus impresiones» en la espantosa enfermedad á que se refiere.

insondable abismo. El sentimiento poderoso que toda la filosofía humana no fué bastante fuerte para dominar, habia sido vencido, aniquilado por una onza de trementina y algunos vasos de tisana.

¡Y nosotros, metafísicos declamadores, buscamos en el éter el origen de las nobles pasiones! Aquella que yo creía inmortal, murió. *Requiescat in pace!*

Así hablaba yo un día al doctor P. El viejo sonrió bajo su barba cana.

— *Requiescat in pace!* dijo, enviándome una mirada de compasiva indulgencia. ¿Creemos acaso en estas solemnes palabras con que despedimos á los que mueren y de las cuales nuestro cansancio quisiera hacerse una dulce esperanza? No. Todos sentimos que nada de lo creado puede reposar; que su destino es la eternal agitación. Las puertas de la muerte abren á nuestro ser nuevos mundos de existencia. El alma, ese espíritu inmortal, al dejar su cubierta terrestre, vuelve al foco de luz de donde se desprendió, no para dormir inútil un sueño infinito, sino para vivir, es decir, para agitarse en la eternidad de los designios de Dios. El cuerpo en el fondo del sepulcro elabora y da vida á millares de seres, al mismo tiempo que envía á la superficie su savia creadora en plantas que á su vez esparcen el perfume de sus flores, sazonan sus frutos, maduran sus semillas, que vueltas á la tierra continúan la eternidad de la creación.

Nuestros sentimientos, en fin, esos seres inmateriales que se agitan en el corazón, ¿mueren acaso? No. Los sentimos palpitar, estremecerse, agonizar. Es que están creando otros sentimientos; y cuando se han fundido en ellos creemos que han muerto; pero solo se han transformado. — «Y hallé vanidad hasta en la muerte» — dice el Eclesiastes, el mas sabio entre los hijos de los hombres.

Y yo á mi vez hallé que el doctor P. tenia razon; y que mi dolor se habia transformado en otros sentimientos que á su turno produjeron sucesivamente gozos y dolores sin fin.

J. MANUELA GORRITI.

### Notas inéditas sobre Tomás Corneille.

Bien conocida es la diferencia que existe entre las obras del gran Corneille y las de su hermano Tomás. Sin embargo, á pesar de la distancia que separa al hombre de genio del hombre de talento, los nombres de los dos hermanos han pasado juntos á la posteridad. Su existencia ha sido tan conforme, que es, en efecto, imposible escribir la historia de Pedro Corneille sin hablar de Tomás y viceversa.

Nacidos á diez y nueve años de distancia uno de otro, Pedro escribía *Mélite*, su primera comedia, en la época en que su hermano Tomás vino al mundo. Mientras este hacia sus estudios con los jesuitas de Ruan, aquel componia el *Cid*, los *Horaces*, *Cinna*, *Polyeucte*, *Pompeo* y el *Menteur*. Cuando Tomás dejó los bancos del colegio, Pedro habia creado el Teatro Francés, y ya le llamaban el gran Corneille. El astro estaba en su cenit, y el joven Tomás deslumbrado con sus rayos se hacia su satélite. Entonces se puso á escribir al resplandor del fuego sagrado; pero no supo hacerse con la menor chispa de él, como es fácil notar leyendo las numerosas piezas que ha compuesto, sin que ninguna de ellas haya quedado en el repertorio.

Poco tiempo despues de haber empezado su carrera literaria, Tomás Corneille se casó con Margarita de Lamperiere, hermana de María de Lamperiere, mujer de su hermano primogénito. ¡Cosa singular! Habia entre las hermanas la misma diferencia de edad que entre los hermanos, y segun añade un biógrafo contemporáneo, «tuvieron el mismo número de hijos; no habia mas que una misma casa y un mismo criado. — En fin, al cabo de veinte y cinco años de matrimonio, los dos hermanos no habian pensado en hacer las partijas de los bienes de sus esposas situados en la Normandía, y solo se hicieron á la muerte de Pedro.»

Preciso es convenir en que semejante situación de intereses es rara entre dos hermanos, sobre todo si estos son normandos. Es la mejor prueba, el mejor mentís que se puede dar á los que han acusado á Corneille de ser un hombre interesado, menos ávido de gloria que de lucro. Corneille, que como es sabido, llevó su indiferencia al dinero hasta una insensibilidad digna de censura, no sacó nunca de sus comedias mas que lo que le dieron los actores, sin cuentas de ninguna especie. ¡Qué ejemplo para los autores de nuestros días! Ejemplo que no seguirán ciertamente. «Corneille, dice el P. Tournemine, que tuvo el corazón tan grande como el entendimiento, y los sentimientos tan nobles como las ideas, ha muerto sin fortuna.»

Pocos dias antes de su muerte faltó dinero en casa del ilustre enfermo, y habiendo sabido el rey por conducto del P. La Chaise la critica situación del gran Corneille, le envió *doscientos lises!*

Tomás Corneille recibido miembro de la Academia francesa el 2 de enero de 1685, tuvo el insigne honor de sentarse en el sillón de su hermano Pedro, muerto el año anterior, á la edad de setenta y ocho años. Despues de haber ocupado este sillón hasta 1709, Tomás falleció á los ochenta y cuatro años en Andelys, donde se habia retirado en los últimos tiempos. Si ha vivido seis años mas que su hermano primogénito, no murió en mejor estado de fortuna. Luis XIV que enviaba doscientos lises al gran Corneille la víspera de su muerte,

habria podido hacer otro tanto con su hermano Tomás, pues en aquel momento se hallaba en igual miseria.

Habitaba entonces la casa cuyo dibujo damos, tomado en el fondo del patio del hotel de Paris. Todo lo que se distingue, excepto la techumbre á la izquierda detras del árbol, dependia de la casa de Tomás Corneille; únicamente las construcciones á la derecha de la diligencia son modernas. La mas considerable de estas construcciones es hoy la casa municipal de Andelys, y en la torrecilla de tejado puntiagudo está la escalera por la que se sube á las habitaciones.

Hé aquí algunos documentos inéditos relativos á Tomás Corneille, copiados de los originales existentes en los archivos del ayuntamiento de Andelys.

Los pormenores que damos aquí se refieren todos á los diversos actos auténticos que siguieron á su muerte.

#### INHUMACION

#### DE TOMAS CORNEILLE.

Andely

— N° 1789. —

El lunes 9 de diciembre de 1709 ha sido inhumado en la iglesia de esta parroquia por el señor cura Benoist, *messyre* Tomás de Corneille, escudero, de la Academia de ciencias, fallecido el día precedente despues de haber recibido los sacramentos de la Santa Eucaristía y de la Extrema Uncion, de edad de ochenta y cinco años, y han asistido á su inhumacion MM. de *Fontenelle*, canónigo de esta iglesia, y Duval, sacerdote de la misma iglesia, y Masson, sacerdote igualmente.

Firmado, D. MASSON, J. BENOIST.

Se ve que en los actos públicos Tomás Corneille llevaba la partícula *de*, á la que tenian derecho él y sus hermanos por las cartas de nobleza concedidas á su padre Pedro Corneille, jefe de aguas y bosques en el vizcondado de Ruan. Sin duda llamará la atención esta frase singular contenida en su fe de difunto: *Messyre* Tomás de Corneille, escudero, de la Academia de ciencias. — ¡Escudero! ¿Y porqué no, literato, escritor, autor dramático? Diríase que en aquella época el ocuparse de literatura no constituía una profesion, pues vemos en efecto, que Moliere se decia ayuda de cámara del rey, que Racine y Voltaire se llamaban gentileshombres de cámara, y que otros muchos hombres ilustres por las letras se daban posiciones sociales á las que eran extraños casi siempre.

Hé aquí ahora algunas particularidades del inventario hecho despues de la muerte de Tomás Corneille, que tuvo por heredero á su hijo Francisco de Corneille, escudero, comisario del rey y recaudador general de los derechos atribuidos á los dominios de Flandes.

«En el cuarto donde ha fallecido el dicho señor de Corneille, hemos encontrado:

» Siete pedazos de tapicería de Bergamo, en tal cual estado.

» Siete cuadritos colgados de la tapicería. Un Cristo y una Virgen con una Magdalena, todo en tal cual estado.

» Un espejito de tocador.

» Un sillón grande guarnecido de verde, otros dos pequeños encarnados, y cinco malas sillas de madera torneada.»

Vemos pues, que el cuarto en donde murió Tomás Corneille contenia un mueblaje bastante miserable, segun la desdenosa nomenclatura del escribano de Andelys. Hoy que las antigüedades están á la moda, quizá valdria veinte y cinco mil francos.

#### En el cuarto grande de entrada:

Cinco pedazos de tapicería, seis sillones de madera torneada, seis sillas de tapicería muy antigua, un perol de cobre, dos arañas de cristal con borde de cobre dorado; platos en gran número, de estaño fino (Tomás Corneille no comia mas que en platos de estaño), una cazuelita de plata, cinco cucharas, cinco tenedores, con otra cucharita, tres candeleros, tres saleros, las despaviladeras y el platillo, todo de plata; una capa forrada de pana, un sombrero medio castor, y otro sombrero viejo, etc.

#### En una sala de abajo:

Cuadros, libros y papeles de familia. El inventario contiene aqui el catalogo de una biblioteca bastante completa, con la siguiente nota:

«*Idem*, las obras del dicho señor Tomás de Corneille en dos volúmenes en folio, encuadernados, cuyos volúmenes reclama el señor de *Villemain*, criado del difunto, á quien los habia regalado.»

Por una cuenta de dinero se sabe que la señorita Maria Madelaine de Corneille, sobrina del difunto, habitaba con él en la época de su muerte.

Diversas escrituras de arriendo adjuntas al inventario, indican que los dos Corneille poseian tierras en Forêt, Harquency, Villers, Mentel, en las inmediaciones de Andelys, y en Becqueville en Caux. Tambien resulta que la casa en que vivia Tomás Corneille era de su pertenencia; pero se conoce tambien que hubo pleitos sobre esta propiedad.

El contrato de matrimonio, de 5 de julio de 1650, entre Tomás de Corneille y Margarita de Lamperiere, está

citado igualmente en el inventario. Los bienes de la esposa son poco considerables, y se pregunta uno qué razones pudieron impedir á M. de Lamperiere, aquel noble miserable del Vexin, teniente de rey en el pueblecillo de Andelys, que casara á su primera hija Maria con Pedro Corneille, hijo de un jefe de aguas y bosques, tanto que se necesitó nada menos que la poderosa intervencion del cardenal de Richelieu, para vencer la resistencia de M. de Lamperiere.

En cuanto al enlace de su hija Margarita con Tomás Corneille, parece haber sido hecho sin dificultad alguna, probablemente porque el hermano y cuñado de los esposos era entonces el gran Corneille, mas conocido y estimado en Francia que diez tenientes de rey como el susodicho señor de Lamperiere.

No obstante, si este padre sumergido en la pobreza habia pensado que la fortuna haria la felicidad de sus hijas, es muy excusable de haber vacilado en casarlas con los Corneille; quizá tenia el presentimiento de que uno y otro vivirian y moririan mas pobres aun que su suegro.

El inventario que tenemos á la vista nos da á conocer los apuros en que se hallaba Tomás Corneille en sus últimos dias; en él se lee que habia vendido á una señora de Andelys, llamada *Meraudin*, una tapiceria por 300 libras, con la facultad de recobrarla en el término de un año. Aun no se habia inventado el Monte de Piedad para auxiliar á los menesterosos.

Es muy triste ver que hombres de tanto valor, como los dos Corneille, murieron en la miseria, en tanto que otros como los Scuderi, los Dangeau, los Benserade y los Voiture, vivieron en los honores y la abundancia de todas las cosas. Bajo este concepto, el siglo actual puede compararse con el siglo XVII, pues tiene tambien sus parásitos en la literatura, que viven grandemente á costa de los que les leen. C. J.

### Las carreras de Blidah.

Las solemnidades hípicas de la Argelia tienen su sello original y su atractivo particular, como todo lo propio de esa tierra de sol y de perfumes, donde las razas y las costumbres forman, como la luz y la sombra, contrastes tan vivos é imprevistos. Aquí los colores se chocan violentamente; el campo regado con el sudor humano toca á la tierra virgen, donde hunde la palmera su profunda raiz; el hombre moderno vestido de paño de Elbeuf, se roza con el pastor nómada cubierto con el albornoz bíblico; el elegante carruaje donde ostenta sus gracias la parisiense, se cruza en los caminos con el asno humilde que lleva encima á la mora indolente oculta entre sus blancos velos. La vida argelina tiene un hechizo extraordinario que debe á esos extraños contrastes que se renuevan por doquiera.

El hipódromo ofrecia un mágico espectáculo capaz de conmover al hombre mas insensible. A un kilómetro de Blidah, fuera de la puerta de Bal el Seb, se extendia la arena de las carreras al pié del Pequeño Atlas, en el llano del Mitidja. Este llano magnífico, verdadero océano de verdura que el viajero recorre hoy muellemente tendido en su carretela, ha visto en otros tiempos muchos y muy encarnizados combates. En las puertas mismas de Blidah, donde se oye silbar la locomotora, el caballo de fuego de los árabes, que corre entre esta ciudad y Argel, se encuentra la fortificación elevada por el general Lamoriciere contra los beduinos. Los árabes belicosos de los Beni Salah salian á miles de las sombrías gargantas del Pequeño Atlas, para caer sobre los soldados franceses acampados en la llanura. En el dia los jinetes árabes acuden á disputar con los franceses el premio de las luchas hípicas.

Volviendo la espalda á Blidah, donde la leyenda árabe coloca el jardín de las Hespérides y que rodean olorosos naranjos, se distingue uno de los mas bellos panoramas del mundo. A la izquierda está la cordillera del Pequeño Atlas, donde el fuego de la luz produce efectos maravillosos; en la cumbre la nieve brilla como un prisma bajo los rayos del sol, y sobre los vertientes, donde la roca alterna con una esplendente verdura, las partes que están en la sombra son casi negras, y otras que están alumbradas tienen aquí el brillo de la esmeralda y allí el del oro. A la derecha en una niebla luminosa aparecen las altas colinas que prolongan el mar desde Argel y en direccion de Cherchell. Entre la base de estas colinas y la del Pequeño Atlas, hay una distancia media de ocho á diez leguas; pero el aire es tan trasparente, que se diria se puede atravesar de un galope. Allá muy lejos, sobre la derecha, en la direccion de Cherchell, se descubre un monumento gigantesco de forma extraña, y cuyo origen es un enigma impenetrable: los árabes le llaman Burumi, ó *Tumba de la cristiama*. Delante el Mitidja se pierde de vista.

En ese maravilloso hipódromo, miles de espectadores que habian salido de las ciudades, de las aldeas, del llano y del monte, se encontraban reunidos á la una de la tarde el dia de Santa Eugenia; sportmen y jockeys con chaquetilla verde, encarnada, amarilla, azul ó negra, dandys de Argel y de Blidah, oficiales de toda graduacion y arma, brillantes húsares, jinetes, amazonas, carruajes de lujo, árabes de rostro bronceado, con el blanco albornoz, negros como el ébano, judíos con chaqueta bordada, señoras que ostentaban las últimas modas parisienses, moriscas veladas, negras con zagalejo rayado blanco y azul, españoles, kábilas, en suma, todo un mundo de mil colores.

Las carreras patrocinadas por el gobernador general duque de Malakoff y organizadas por el general Morris, comandante de la caballeria y la remonta de Argelia, estuvieron muy lucidas. Tambien tuvieron un objeto útil, el de fomentar la cria indígena y europea, contribuyendo así á la conservacion y mejora de la magnífica raza caballar de la colonia. Este objeto se alcanzó plenamente, y las carreras presididas por el coronel Tiliard, comandante del 3º de húsares en Blidah, pusieron en evidencia una vez mas el valor y el fondo del caballo africano.

Hubo siete carreras, y los premios consistian en relojes, escopetas, revolvers, etc.; pero al ver los rostros radiantes de los vencedores se conocia que su mejor recompensa era su mismo triunfo. J. V.

### Nuevas ascensiones al monte Viso y al monte Cervin.

ALPINE CLUB.

El espíritu de descubrimientos, ese gran estimulante de la actividad del hombre, es para él una fuente de ricos goces que exige, para su satisfaccion, arrostrar muchas fatigas y grandes peligros. ¡Qué alegría tan inmensa la de descubrir, como Cristóbal Colon, todo un mundo desconocido! Pero esas grandes fortunas de la audacia dirigida por el genio, no están reservadas sino á muy pocos. Sin correr tan vastas aventuras, aun se pueden hallar por nuestra vieja Europa algunos puntos inexplorados, que recelan conquistas, ya para la ciencia, ya para la simple curiosidad. Preciso es apresurarse, sin embargo, pues de dia en dia escasean mas y mas. Las inmensas soledades de nieve y de hielo de los altos Alpes parece deberian ser un campo inagotable de descubrimientos, y no obstante, en breve habrán puesto á la vista todos sus secretos. Cada año ardientes exploradores atraviesan sus ventisqueros mas abruptos, escalan sus cumbres mas inaccesibles. Ya no se trata de tentativas aisladas, sin eco, destinadas á caer en el olvido por falta de publicidad: explorador de montañas y de ventisqueros ha venido á ser una especie de posicion social que tiene su nombradía. Los adeptos se han reunido y forman hoy una pequeña iglesia que recluta todos los dias nuevos prosélitos, y que produce ya cierto ruido en el mundo. En Inglaterra es donde se ha constituido hace pocos años con el nombre de *Alpine Club*, y ya han aparecido tres magníficos volúmenes adornados con mapas y con vistas que son como las memorias de esa academia de incansables andarines. Para entrar en esta sociedad se requieren títulos positivos; es preciso haberse elevado sobre la region habitada comunemente por los mortales hasta las regiones de las nieves eternas, adonde no se llega sin mucho aliento y con el socorro de un baston férreo. Hasta ahora no hay, que yo sepa, ningun distintivo particular entre los socios. ¿Porqué en lugar de palmas verdes no habian de llevar bordada una gamuza? ¿No han hecho retroceder hasta el fondo de sus desiertos de hielo al ágil cuadrúpedo, y violado la paz de su reino solitario?

No sin mucha curiosidad é interés los aficionados á las correrías alpestres leerán las relaciones de las diversas excursiones que se hallan consignadas en los tres tomos del *Alpine Club*; relatos que continúan para el público la iniciación en el conocimiento del mundo de los Alpes, tan brillantemente comenzada por M. de Saussure, y proseguida con tanto brillo hace algunos años por M. Desor, el compañero del sabio M. Agassiz. Hoy la vasta cordillera de los Alpes ha sido atravesada, explorada en todas direcciones, y han sido visitadas casi todas sus cumbres. Solamente algunos picos aislados, de forma prismática ó de paredes verticales, protegidos contra las tentativas del hombre por su espantoso declive, levantan todavía al cielo sus cimas vírgenes de la planta humana. Uno de estos se encuentra en la proximidad del monte Rosa, y es el *Cervin* ó *Matterhorn*, grandiosa pirámide del efecto mas extraordinario, de 4,522 metros de elevacion, que parece como un centinela en la alta cordillera que separa el Valais del valle de Aosto.

Ciento sesenta kilómetros mas lejos, hácia el sudoeste, al extremo de la cordillera de los Alpes, entre la Francia y el Piamonte, se levanta otra pirámide, la del *Viso*, que aunque menos elevada (3,849 metros), habia permanecido inaccesible hasta estos últimos tiempos. Además de lo escarpado de sus paredes verticales, el Viso, como una inexpugnable ciudadela, se defiende de los temerarios que le atacan, enviandoles temibles descargas de proyectiles producidos por los fragmentos de sus rocas que se desprenden. Cuando se mira del llano del Piamonte, y sobre todo bajando la garganta de Tende, presenta una masa piramidal del aspecto mas imponente: Al acercarse se distingue cuán difíciles son sus aproches por todos lados. Por la parte del Norte, ha sido observado mas á menudo por los viajeros que partiendo de Abries (Francia), atraviesan la garganta del Viso con direccion al Piamonte. Pero por aquí es de todo punto inaccesible. A principios de 1845, indicaba yo en mi *Itinerario de la Italia* que las tentativas de ascension debian hacerse hácia el Sur partiendo de Castel Delfino, en el valle del Varaita, y subiendo los valles de Chianale y de Vallanta. Efectivamente, por esa parte el 30 de agosto de 1861 dos ingleses lograron escalar los primeros la mas alta de las tres pirámides

del Viso. M. William Mathews, el jefe de la expedicion, habia estudiado el terreno dos años antes; pero el mal tiempo le habia impedido realizar su proyecto. Cuando pudo ejecutarle en 1861, le acompañaban dos guias de Chamonix, y sin duda á esta circunstancia se debe la ignorancia en que nos quedamos del éxito de esta empresa; ignorancia tal que un año despues, hallandome yo en Saluces y tomando informes sobre el Viso y la posibilidad de escalarle, me hablaron de ese admirable monte á cuyo pié nace el gran rio de la Italia, el Po, como de un cono eternamente inaccesible.

Sin embargo, la proeza de M. Mathews no debia ser un hecho aislado. El 4 de julio de 1862 el monte Viso fué escalado otra vez por M. Tuckett, quien pasó la noche á algunos metros mas abajo de la cima, al borde de un horroroso precipicio. El relato de su ascension, que apareció en uno de los tomos del *Alpine Club*, *Peaks, passes and glaciers*, traducido y publicado en la *Gaceta de Turin*, despertó el ardor de los italianos; y este año una partida de algunos jóvenes consagraba una semana, á principios de agosto, á explorar el monte Viso, dándole la vuelta, trayendo de su excursion diferentes vistas fotográficas. Otra sociedad, de la que formaba parte una señora de Turin, se ponía en camino para intentar la ascension, acompañada de un montañés del valle Pellice, llamado Peyrotte, que habia sido uno de los guias de M. Tuckett, y llegaba á la parte superior del valle de Forciolline, donde pasaba la noche en las márgenes de uno de los lagos formados al pié de los últimos escarpes del monte Viso. Al otro dia muy temprano proseguian la excursion y se elevaban mas arriba; pero muy luego en medio de las dificultades que oponian los precipicios, le faltó el ánimo á Peyrotte, quien se negaba á pasar adelante. Afortunadamente para M. Tuckett, tenia otros dos guias, Pedro Pernn, de Zermatt, y Miguel Croz, de Chamonix (este último habia acompañado á M. Mathews en la primera ascension), y á esto debió que su empresa no abortara. En general, para las ascensiones ó las correrías de ventisqueros, es preferible llevar un buen guia de Chamonix ó del Oberland, que fiarse exclusivamente á la direccion de los montañeses de la localidad.

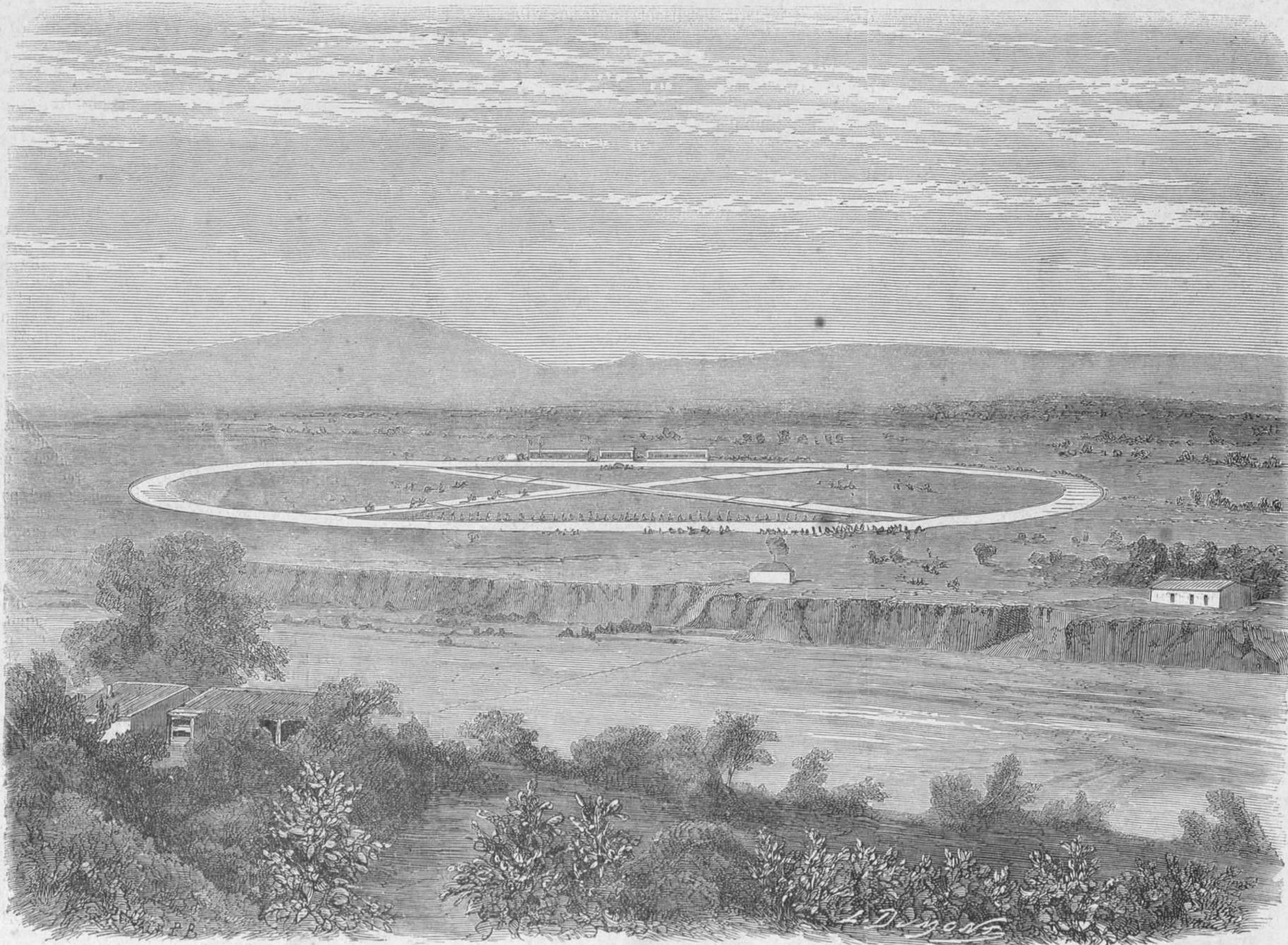
En fin, una última ascension al Viso ha sido hecha el 12 de agosto de este año por M. Quintino Sella, en compañía del conde de Saint-Robert y de M. Barracco, diputado de la Calabria. Estos señores llevaban consigo instrumentos de fisica. La relacion, escrita por M. Sella, se ha publicado en varios números del diario de Turin, *l'Opinione* (setiembre de 1863), y de la discusion de las diferentes medidas trigonométricas y barométricas comparadas con sus propias observaciones, resulta la altura sobre el mar de 3,849 metros atribuida á la cima del Viso. Esta cima es doble, y está cerrada por dos pirámides de igual altura separadas por una grieta. A causa de la abundancia de nieve que habia caído, esta separacion se hallaba colmada por una arista de nieve helada, especie de techumbre aguda que conducia á precipicios. Gertoux, el guia de la expedicion, atravesó esta espantosa arista apoyándose en ella con el brazo, en tanto que pegando fuertes golpes sobre la cuesta abrupta de nieve endurecida por el frio, trataba de clavar en ella los garfios de hierro sujetos á sus botas. Así consiguió llegar á la segunda cima, donde encontró al hombre de piedra construido por M. Mathews, y los términos á máxima y á mínima que habia colocado allí M. Tuckett. Para volverse, el guia se debió poner á caballo sobre la aguda arista. Sin embargo, esta peligrosa expedicion es una condicion excepcional. Segun M. Quintino Sella, la ascension del monte Viso no presenta dificultades extraordinarias, si bien es preciso que el que quiera emprenderla no tenga el horror del vacío, pues largo rato hay que caminar al borde de precipicios espantosos.

El *Cervin*, ese coloso de que hemos hablado antes, y que por su aislamiento y la prodigiosa altura de su pirámide, constituye el espectáculo mas extraordinario de la cordillera de los Alpes, no solo ha permanecido hasta hoy inaccesible, sino que parece desafiar á los mas osados, diciéndoles insolentemente desde la cumbre de su masa pelada, de aristas prismáticas y de paredes abruptas sembradas de ventisqueros: «Admirad y pasad, pues hay aquí una valla eterna que se opone á vuestra audacia.» Sin embargo, á pesar de este *noli me tangere*, muchas tentativas han sido hechas en estos últimos años para escalarle, sobre todo por parte de los miembros ingleses del *Alpine Club*; pero hasta aquí todos sus esfuerzos se han estrellado inutilmente contra esa temible empresa. Uno de los mas fogosos en el ataque es M. Whymper, de Lóndres, que ha intentado cinco ó seis veces la ascension por el lado de Italia y del valle Tournanche, pues no hay ni que pensar en hacerla por la parte de la Suiza y del valle de Zermatt. Este obstinado ascensionista ha pasado ya muchas noches en las bases del coloso, y ha dejado plantada en el Breuil, la última aldea del valle de Tournanche, una tienda que está á la disposicion de aquellos de sus compatriotas que se atreven á probar fortuna. Esa tienda á la falda del Cervin, esa eleccion de domicilio, advierte al gigante que se ha resuelto vencerle, aun cuando el sitio haya de durar muchos años.

En agosto último M. Whymper se hallaba en su tienda; y mientras esperaba que el sol derritiera la nieve caída nuevamente sobre el Cervin, resolvió consagrar una semana á darle la vuelta. El 3 salia del Breuil y encontraba un nuevo pasaje, por el cual llegaba á Zermatt en seis horas, en tanto que por el de la garganta de San Teodulo, practicado generalmente, se necesitan mas de ocho. — (Se suben las cuestas de yerba inme-

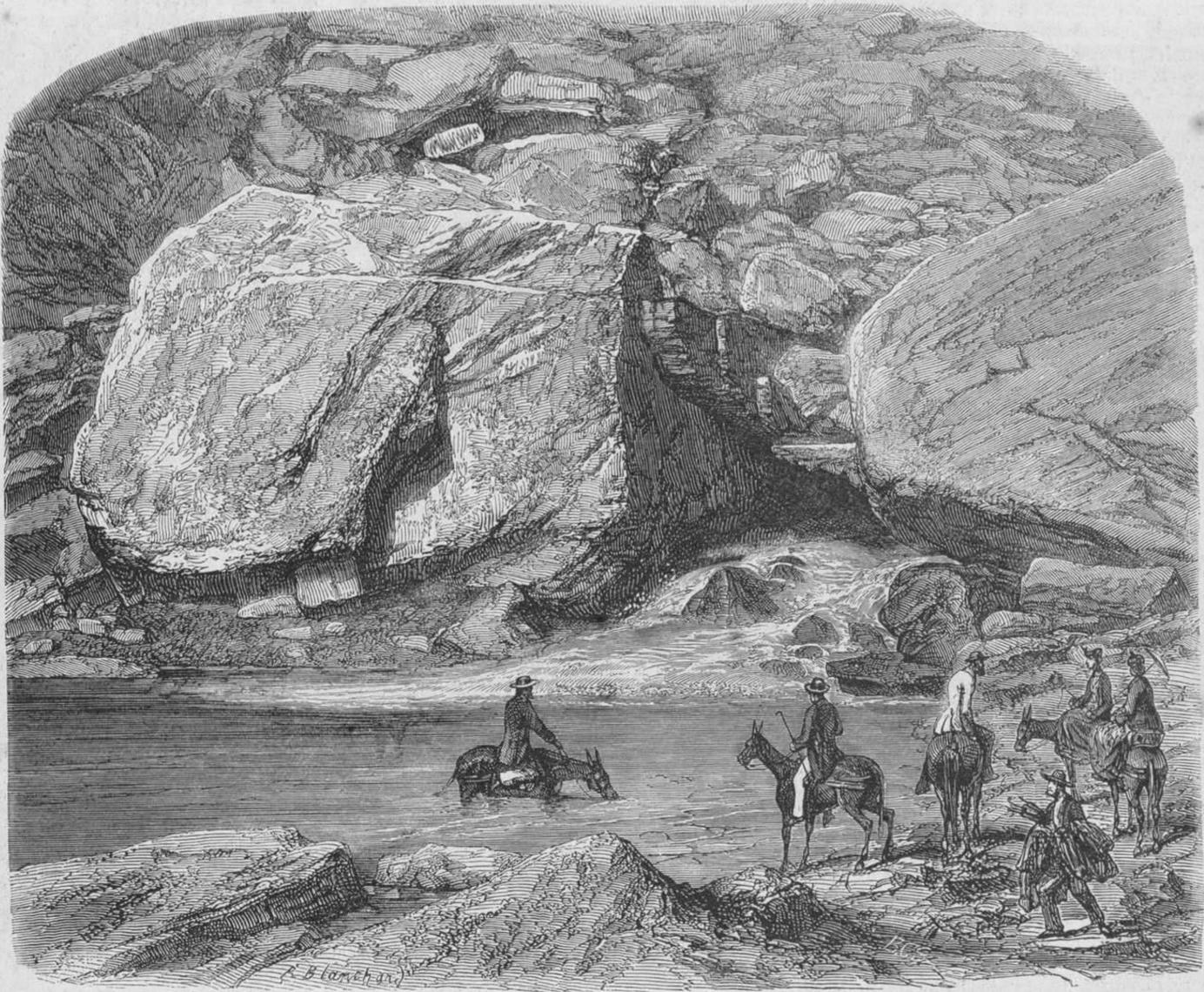


Casa de Tomás Corneille en Andelys.



Campo de las carreras de caballo en Blidah.

diatamente mas arriba del Breuil; se llega al Moraine por el lado oriental del monte Cervin, se atraviesa y se sube por el centro del ventisquero sin abandonar la línea recta. Desde el Breuil se necesitan tres horas para alcanzar el punto mas elevado del pasaje; se baja rápidamente por el otro lado hasta el extremo del ventisquero Furgge; se puede escalar el Hornli, uno de los escalones del Cervin, y se baja por el sendero ordinario hasta Zermatt). — El 4 de agosto, M. Whymper atravesaba de nuevo la gran cordillera de los Alpes, entre Zermatt y Prerayen por la garganta de *Val-Pellina*, y el 5 y el 6 exploraba la parte meridional de una pirámide contigua al Cervin, que se conoce con el nombre de *Diente de Erin*. En esta excursión, que él llama magnífica, se elevaba muy alto sobre las cuestas y descubría un pasaje mas fácil, por el cual se promete mas tarde intentar la ascension. El 7 atravesaba la garganta *Gran*



El nacimiento del Po al Norte del monte Viso.

*Cornier*, entre Prerayen y el valle Tournanche. El 8 escalaba un monte aislado y desconocido hasta hoy, que llaman el *Gran Tournatin*, situado entre los valles de Tournanche y de Ayas; por la tarde volvía al Breuil; el 9 hacia sus preparativos, y el 10 se ponía en marcha para ejecutar la ascension al Cervin. El tiempo, muy favorable en un principio, cambió con esa rapidez tan frecuente en los países de montañas. M. Whymper mandó levantar su tienda en los flancos del Cervin a una altura de 13,000 pies ingleses, y despidiendo a los mozos, pasó la noche con sus guías en la tienda. La nieve continuó cayendo sin cesar hasta las nueve de la otra mañana. Los viajeros quisieron proseguir la ascension; pero las rocas se habían cubierto de nieve durante la noche, y habían venido a ponerse impracticables... Otra vez mas el honor del Cervin quedó intacto. ¿Quién sabe si no permanecerá siempre inaccesi-



El monte Viso, vista tomada por el lado de la Francia.

ble al hombre? Una circunstancia parece atestiguar que el número y el valor de los guías no crece en proporción del ardor de los viajeros. Los guías de M. Whympet se llamaban Meynet y Carrel, y probablemente son los hijos de aquellos en cuya compañía atravesé yo por primera vez la garganta de San Teodulo hace mas de veinte años, con algunos amigos. ¿Se reducirá á esos dos nombres el cuerpo de los guías destinado á escalar el Cervin? Hay aquí un contraste muy marcado entre los dos vertientes de los Alpes. Por el lado de la Italia, la inmovilidad; penuria de guías, y el mismo abrigo miserable en el Breuil. Por el lado de la Suiza, abundancia de guías, de criados y de caballos, y actualmente se ve una buena fonda en Zermatt, donde hace veinte años apenas se encontraba la hospitalidad en casa del cura.

A los pormenores que preceden tomados de una carta publicada en italiano en el periódico *l'Opinione* (16 de setiembre de 1863), añadiremos algunas noticias que prueban que el amor á las grandes escenas alpestres se difunde entre los italianos, y que se proponen no abandonar ya exclusivamente á los extranjeros la tarea de hacer los últimos descubrimientos posibles aun en las altas regiones de los Alpes, que forman al Norte el límite natural de su hermosa patria. Al ejemplo del Alpine Club de Londres y del Alpenverein de Viena, se acaba de formar un *Club Alpino*, y se anuncia que debe publicarse en breve un *giornale Alpino* redactado por G. T. Cimino, que trabaja hace largo tiempo en una Guía de los Alpes. J. D. P.

### Revista de Paris.

Existe en Paris desde hace muchos años un soberano indiferente á las grandezas del poder, que ha querido cambiar los constantes cuidados que imponen hoy á las testas coronadas las nuevas teorías tan difundidas entre todos los pueblos, por una vida apacible consagrada al cultivo de las artes. Este gran señor destronado por voluntad propia, es el duque de Brunswick, personaje que se ha hecho extremadamente célebre en Paris por su pasión desmedida á los diamantes. El duque de Brunswick es mas inteligente en la materia que los peritos de mas fama, y posee una colección de diamantes cuyo valor pasa de la suma de doce millones de francos. Todo el que frecuenta las reuniones del gran mundo, las fiestas oficiales, los teatros aristocráticos, ha podido verle mil y mil veces cargado de esas piedras preciosas con que se cubre de piés á cabeza, literalmente hablando, pues lleva brillantes lo mismo en el sombrero que en las hebillas de los zapatos de baile. No hay para qué decir, que una joya de tanto valor se rodea continuamente de las precauciones mas minuciosas. Un hombre fiel le acompaña cuando va á la ópera, y se coloca de planton junto á su palco. En su casa tiene los diamantes guardados en una caja de hierro con un lujo de cerraduras secretas y de artimañas de cerrajería, que desafían toda la destreza del ladron mas osado. Esta caja se encuentra incrustada en una gruesa pared y oculta con un cortinaje de seda junto á su lecho, de modo que es imposible descubrir el lugar donde se halla. Pues bien, á pesar de tantas precauciones, el juéves último fué robado por su segundo ayuda de cámara, llamado Schaw, quien le despojó de casi todo su museo de brillantes, en comparacion del cual el famoso Collar de la reina que conoce el lector, era una alhaja de segundo orden. Oigamos pues lo que cuentan los periódicos judiciales sobre esta sustraccion de marca, que ha ocupado sobremedera durante algunos dias la atención del público parisiense.

Parece ser que el 1º de julio último el duque de Brunswick habia tomado á su servicio, en calidad de segundo ayuda de cámara, á un jóven de veinte y ocho años, de alta estatura, llamado Schaw, de origen inglés, que hablaba correctamente varias lenguas, y que habia logrado en poco tiempo granjearse la confianza de su amo, tanto por sus buenos modales, como por su atención en adelantarse á todos sus deseos y su puntualidad en el servicio que le estaba encomendado.

El duque de Brunswick tiene su colección de diamantes, la mas rica que existe en el mundo, clasificada por orden, y guarda una gran parte de ella en una caja de hierro colocada en su alcoba, con dos puertas que se cierran la primera por un resorte hábilmente figurado en la tapicería, y la segunda por una sólida cerradura.

Tres ó cuatro personas, entre ellas Schaw, conocian esta disposición, pero jamás el duque confió la llave á nadie.

El juéves antes de vestirse para ir á una soirée, el duque de Brunswick habia prevenido á Schaw que en la mañana siguiente irian algunos joyeros á montar varios diamantes de los de la caja; que por este motivo habia dejado abierta la segunda puerta á fin de no tener que hacer mas que tocar el resorte sin salir del lecho, de cuyo modo los podrían tomar cuando se presentaran, y en fin, le encargó que les introdujera en su cuarto sin hacerles esperar.

Después salió y no volvió á su casa sino á eso de la una y media de la noche. Al entrar observó, que contra su costumbre, Schaw no estaba en su puesto, y figurándose que se habia dormido, subió á su cuarto y le encontró vacío, pero vió sobre la cama varias de las bolsas en donde guardaba los diamantes, que sin duda alguna habian sido sacadas de la caja. Allado de ellas habia diamantes esparcidos como si hubiesen sido abandonados aquí y acullá en una fuga precipitada.

Comprendiendo que acababa de ser víctima de un robo, bajó inmediatamente, se fué á su habitación situada en el piso principal y llamó á sus criados, que al punto comparecieron todos, excepto Schaw.

El duque les preguntó por este último, anunciándoles que le habia robado sus diamantes; y los criados respondieron que habia salido de la casa aquella noche á las diez, y que no le habian vuelto á ver desde entonces.

El duque de Brunswick procedió en seguida al examen de su caja, y vió que habian sacado una cantidad de diamantes montados y sin montar, que representaban un valor de mas de nueve millones de francos; pero como las piedras encontradas en el cuarto de Schaw y otras halladas en la habitación del duque sobre la alfombra representaban por su parte un millón, la cifra total de la pérdida se elevaba á ocho millones, en cuya suma deben incluirse unos veinte mil francos en oro que tambien fueron robados. En la misma caja habia una cartera que contenia por mas de cien mil francos en billetes de banco, que dejó intacta el ladron, así como tambien otras joyas y valores.

Prevenida la autoridad, jugó el telégrafo en todas direcciones, y Schaw fué preso en Boulogne, cuando estaba á punto de embarcarse para América.

El duque ha vuelto á entrar en posesion de todos sus diamantes y de su dinero, menos unos centenares de francos que gastó Schaw en una noche de orgía; de modo, que no habremos perdido en Paris el espectáculo deslumbrador que nos ofrece el duque de Brunswick en las grandes reuniones.

Los bailes de máscaras se han inaugurado este año en la Opera con una afluencia de gente considerable. Bástenos decir que el primero ha producido 27,875 francos de entradas.

A propósito de estos bailes tan animados, un diario se entretiene en calcular aproximadamente el dinero que cada uno de ellos derrama en el comercio de Paris.

Hé aquí algunos de estos curiosos cálculos:

Todas las mujeres que entran en el baile deben llevar careta; 2,400 caretas á 3 francos dan un total de 7,200 francos.

Los 2,400 trajes á 10 francos de alquiler, uno con otro, producen 24,000 francos.

No se puede menos de admitir que 2,400 mujeres gastan en peinado 2,400 francos, y en pares de guantes, á dos francos y medio el par, 6,000 francos.

Vienen despues los ramilletes y los abanicos, que forman un total de 4,000 francos.

Los 2,000 hombres que figuran en cada baile tienen los mismos gastos, aunque en menor proporción.

Sobre poco mas ó menos, se pueden fijar las cifras siguientes: Narices de carton, 1,000 francos; trajes, 10,000 francos; guantes, 6,000 francos; barba y peinado, 1,500 francos; calzado, 5,000 francos; sombreros, 1,000 francos.

El vestuario á 50 céntimos por persona, produce 2,500 francos.

El consumo interior durante el baile se eleva, incluyendo las propinas de los mozos, que son poco menos que obligatorias en Paris, á 13,750 francos.

A la hora en que se abren las puertas del teatro se ven por las calles muchos jóvenes con levita, paletó y hasta con blusa, que se introducen misteriosamente en las tiendas de los ropavejeros, donde les alquilan el frac, el chaleco y el pantalon negro de rigor.

Este comercio produce de 1,200 á 1,500 francos cada noche.

Ahora bien, el total de todas estas sumas reunidas se eleva á 133,850 francos, lo que repetido catorce veces en la temporada, ocasiona un gasto de 1.955,560 francos.

Hé aquí cómo las diversiones sirven de algo.

A las innovaciones que la moda ha introducido este año en las comidas de etiqueta y que señalamos en la última revista, tenemos que añadir otra no menos notable, y que consiste en enviar en las esquelas de invitacion la lista de los convidados.

Es lástima que no se mande tambien la lista de los platos; pero en fin se encuentra con la servilleta á tiempo para que cada cual reserve su apetito para los manjares que sean mas de su agrado.

La novedad en cuestion ha nacido del cuidado legítimo que inspira á todo amo de casa el invitar á la misma mesa á personas divididas muchas veces por sus opiniones, sus gustos y posicion social.

Ahora los que se han de reunir estarán advertidos, y no tendrán que achacar á un vecino incómodo las digestiones difíciles.

No diremos que el progreso de nuestra época no se extiende á todo.

Este progreso contra el cual estamos muy lejos de querer levantar nuestra humilde voz, dará margen sin duda á muchas recriminaciones.

Tal señora, amiga íntima de la casa, se quejará de que la conviden á comer en compañía de tal caballero que la es anti-pático hasta no mas; un hijo de familia dirá que no acepta el convite sin sus padres; una dueña iracunda llevará á mal que se ponga á su lado un hombre conocido por sus opiniones exaltadas, y puede haber casos en que los inconvenientes de este sistema sean mucho mayores que sus ventajas. El tiempo ha de decirlo, y pronto, pues estamos en la época de los convites de ceremonia.

Dos anécdotas tenemos que contar ahora que revelan un ingenio poco comun aplicado á la necesidad mas imperiosa del hombre.

En la primera se trata de un anticuario avaro, que á veces suele dar pruebas de cierta generosidad, si abriga la esperanza de que este desprendimiento puede ser pagado con usura.

Un obrero ocupado en hacer excavaciones, y que conocia la avaricia de nuestro anticuario, se presenta en su casa y le dice: — Venia á preguntarle á Vd. cuánto puede valer una bola de oro bastante gruesa.

El anticuario aplica el oído ávidamente.

— ¿Una bola de oro bastante gruesa? ¿Y es hueca ó maciza? exclama con una indiferencia afectada.

— ¡Oh! hueca, nada mas.

— ¿Tiene labores?

— Puede ser.

— ¿Con un zócalo?

— Quizá.

— ¿Entonces es una urna?

— Puede que lo sea.

— Amigo mio, exclama el anticuario con interés; ¿usted no ha almorzado todavía?

— No, señor.

— Pues entonces hágame Vd. el favor de almorzar conmigo. El obrero no se hizo de rogar. Se sientan á la mesa, comen y beben bien, toman café y fuman.

Al fin del almuerzo, el malicioso convidado se levanta y se despide.

— Espere Vd. un poco, amigo mio, dice el anticuario deteniéndole; tenemos que hablar de la bola.

— ¡Oh! No hay gran cosa que decir, responde el obrero; he venido solamente para saber cuánto valdria; si por casualidad llevo á encontrar una, esté Vd. bien seguro de que no dejaré de traérsela.

El anticuario no ha muerto de indigestion, gracias á los pronto socorros de un facultativo.

En la segunda anécdota figura una señora anciana del Marais, apasionada hasta el delirio de un perrito habanero de la especie mas fina. Su cariño al gracioso animal habia llegado hasta el punto de querer hacer su retrato, y para ello le habian recomendado un artista de la vecindad, que segun la aseguraron, tenia un talento imponderable para pintar animales.

Con efecto, le mandó á llamar, se ajustó con él en cien francos, y envió repetidas veces su perro á casa del pintor para que le sirviera de modelo; pero cuando el artista presentó su obra, le pareció tan mala y tan fea á la señora, que se negó á recibirla y á pagarla.

El pintor furioso la citó ante el juez de paz; y como la señora anciana está llena de achaques que la impiden salir á la calle, mandó á su sobrino en su nombre.

El sobrino y el artista comenzaron á disputar, sosteniendo el uno que el perro era cualquiera cosa menos un perro, y el otro que nunca se habia visto una muestra mas bella de la raza canina; tanto que el pobre juez de paz no sabia á quién prestar oídos.

— Propongo á Vd. una cosa, dijo el pintor al juez de paz.

— Diga Vd.

— ¿Quiere Vd. hacer como Alejandro el Grande, que presentó el retrato de su caballo Bucéfalo, pintado por Apelles, á una yegua, para saber lo que á esta le parecia, y se quedó hechizado al ver que la yegua se puso á relinchar al punto? Pida Vd. á este caballero que traiga un perro, yo traeré mi pintura, y veremos si el animal reconoce á uno de sus semejantes.

La proposicion hizo reir á todos, y el juez de paz y el sobrino aceptaron la prueba solicitada.

Al otro dia, en efecto, plantaron un perro en presencia del cuadro.

El perro le mira, olfatea, alza las orejas, se menea alegremente y se va por detrás del lienzo, sin duda para completar su examen.

— Ya ve Vd., señor juez de paz, que el perro hace buena mi causa.

El juez de paz, aunque hallaba execrable aquella pintura, estaba á punto de darle la razon, cuando el sobrino, reflexionando un poco, le suplicó difriese un momento la sentencia. El jóven tomó el cuadro, le volvió y descubrió una tajada de carne escondida con mucha maña entre el bastidor y el lienzo.

Grande fué la confusion del pintor, que se retiró avergonzado y sin decir palabra.

¿No parecen estos los ardidés de un Gil Blas ó de un Lazarello de Tormes, cuyo travieso entendimiento aguza el hambre?

Los teatros no han ofrecido interés esta semana. Acaba de representarse en Compiègne la nueva comedia de M. Jules Sandeau, titulada la *Casa de Penarvan*, que se ofrecerá al público por primera vez en el Teatro Francés una de estas noches. En la revista próxima podremos decir si son fundadas las esperanzas que se tienen en la última produccion literaria del ilustre académico.

En los Italianos continúan con mucha boga las últimas representaciones de Fraschini, y no se habla mas que de la renovacion casi completa que está á punto de sufrir la compañía. Se dice que M. Bagier ha podido prolongar el ajuste de la Patti hasta fines de abril, noticia que si sale cierta, dará este invierno al Teatro Italiano de Paris un brillo inusitado. Lo deseamos por bien de la empresa, pues de otro modo no acertamos á comprender quién reemplazará á la señora Lagrange, que á fines de este mes debe encaminarse á España con Fraschini.

MARIANO URRABIETA.

### Monte y república de San Marino.

(Conclusion. — Véase el número anterior.)

#### III.

En cuanto dejó César Borgia la Romaña, el duque de Urbino, tan querido de sus súbditos como de los habitantes de San Marino, volvió á tomar posesion de sus tierras y del patronato oficioso que ejercia sobre la pequeña república; pero como entonces no se hallaba muy en estado de defenderla contra el enemigo comun, preciso fué que el Titano hiciera una apariencia de sumision, y aceptara un podestá de las manos de César, como lo atestigua el *Libro de las sentencias* (1503). Sin embargo, esta situacion de vasallaje no duró mas que algunos meses. Habiéndose levantado en masa la Romaña contra el invasor, los de San Marino aprovecharon la ocasion, y arrojando al magistrado impuesto por el duque de Valentinois, enarbolaron otra vez su bandera plegada en señal de luto público. Los milicianos válidos se movilaron, llamaron un cuerpo de condottieri, y en la guerra que se siguió, los hijos de la montaña sostuvieron dignamente su antigua reputacion militar. El general Marino Giangi, cuando eseribió á los regentes anunciando la toma de Longiano, les pidió el estandarte de la república para vencer á los enemigos de su patria. La lucha se prolongó hasta la muerte de

Alejandro VI, y en medio de las complicaciones que despues sobrevinieron, San Marino debió contemporizar entre diferentes campos á fin de complacer á todo el mundo. Esta táctica, que á menudo sale bien, fué siempre la suya.

El 4 de junio de 1542, Fabiano da Monte, sobrino del cardenal de este nombre y legado en la Romaña, sin hacer ninguna declaracion de guerra á la república, subió una noche la montaña á la cabeza de un pequeño cuerpo de infanteria y caballeria. Los agresores habian tenido cuidado de llevar escalas para salvar las peñas y los muros, y pensaban sorprender dormidos á los de San Marino; pero la ignorancia de aquella gente en el conocimiento de los puntos mas débiles ó mas accesibles del monte, hizo abortar la empresa aunque llegaron al fuerte de la Rocca. Como he dicho ya, los ladridos reiterados de un perro difundieron la alarma; mandaron tocar la campana del castillo, y el pueblo saltó sobre sus armas y corrió á los peñascos y á los muros de lo alto, de los cuales precipitó á los agresores.

Este infame ataque produjo una informacion provocada, segun dicen, por Carlos Quinto, Venecia, Florencia y el duque de Urbino, todos á cual mas indignados. A despecho de las denegaciones de Roma, se puso en evidencia que la agresion nocturna del Titano habia sido concertada secretamente en Rimini y en Forlimpopoli por el papa, el duque de Castro y los Strozzi, agentes de la Francia. Francisco I no podia tener ninguna queja contra la república de San Marino, pero sufría el influjo de la liga: se hacia una especie de guerra de principios al pueblo titano, porque su cristianismo casi primitivo tenia cierta analogia con las doctrinas de la reforma. La república se quejó de este atentado á Venecia, y parece ser que obtuvo socorros. Tambien Bustamante de Herreras, enviado por el emperador, se mostró animado de las mejores disposiciones. Los Strozzi fueron declarados culpables.

Bajo el pontificado de Pablo III, los agentes fiscales de Roma molestaron al Titano, pero las cosas no pasaron adelante. Despues ocurrió otro ataque efectuado por un vecino, Leonardo Pio, señor de Verrucchio. Este agresor fué batido y rechazado, gracias á los prontos auxilios del duque de Urbino y del conde de Bellomonte; y la república y el duque de Urbino firmaron en Pésaro un tratado de alianza defensiva. En los primeros años del siglo XVII, la casa de este duque se extinguió, y San Marino pudo colocarse bajo el protectorado de Roma. Fué este un sacrificio á la necesidad, pero quedó á salvo la independencia.

Llegamos al último asalto que ha sufrido el Titano. « Se necesitaba, dice M. Noel des Vergers, el espíritu activo del antiguo ministro de Felipe V, cardenal Alberoni, que habia venido á ser legado de las Romañas, para atender á la inocente independencia de un pequeño Estado, mejor defendido aun por su flaqueza que por las rocas que le sirven de muralla. » Los pretextos de ataque se encontraron luego: primero se dijo que los habitantes habian usurpado las prerogativas pontificias juzgando personas que dependian directamente de la jurisdiccion romana; despues bloquearon estrechamente el monte, impidieron la introduccion de artículos alimenticios, se granjearon algunos partidarios entre los descontentos, y en su vista, habiendo declarado el cardenal á Clemente XII que San Marino queria ser anexado á los dominios de la Iglesia, se apoderó de la ciudad á la cabeza de algunos esbirros. Pero su fácil triunfo fué de corta duracion. Los de San Marino protestaron, y enviaron diputados al papa, quien ilustrado acerca de la cuestion devolvió la libertad á la pobre república (5 de febrero de 1740). Este aniversario constituye la principal, si no la única fiesta de la montaña. Conocido es el dicho del cardenal Lambertini, que fué papa bajo el nombre de Benito XIV: « — Alberoni se parece á un gloton, que despues de una buena comida apetecería un pedazo de pan de munición. »

En 1796 el general Bonaparte mandó á Monge, el matemático, de su cuartel general de Pésaro, á la república de San Marino. Este enviado llevaba palabras amistosas, y ofrecia un ensanche territorial, que fué prudentemente rehusado. El capitán-regente Onofri, el mismo que dijo: *In piccolezza liberta*, respondió con suma cortesía; y muy luego el general en jefe se dignó escribir una carta á nuestros montañeses anunciándoles el envío de 1,000 quintales de trigo y de cuatro cañones. Los republicanos solo aceptaron el trigo. « ¿ Qué haríamos con los cañones, dijeron, no pudiendo ejercitar á nuestros soldados en el manejo del arma sin que llegase la pólvora á las tierras de nuestros vecinos? » La ingenuidad de la observacion me agrada.

Ahora voy á contar algunas anécdotas, que es lo único que me queda, para concluir con la historia de la roca titana.

En tiempo del Consulado, Francesco Apostoli, literato veneciano, que anteriormente habia sido deportado por los austriacos á las bocas del Cattaro con otros liberales de la Lombardia, aceptó el título risible de plenipotenciario ó representante de la república de San Marino en Paris. Era un hombre casi enano y de una traza grotesca. Segun el P. Moschini, nada incomodaba mas á Apostoli que el oír decir cuando se presentaba en Tullerías:

— Aquí está el pequeño enviado de la pequeña república. *Piccola repubblica, piccolo representante.*

Imposible era tomar por lo serio á aquel enano pretencioso, que se daba la importancia de embajador.

Apostoli exasperado sin duda por las burlas incesantes que se le hacían; se permitió hablar con poco respeto al primer cónsul en una carta, lo que hizo le arrojaran

de Francia, y así concluyó su *mision diplomática*. Pero ¿ quién lo diría? Apostoli, el carbonaro, el antiguo proscripito se hizo espía del Austria; y habiendo caído en el desprecio público, murió de miseria en Venecia. Sin embargo, ha compuesto con mucha sal varias piezas teatrales.

Cuando el emperador puso la mano sobre los Estados de la Iglesia, este territorio fué dividido en dos partes, una para el imperio y otra para el reino de Italia. La Marca de Ancona, donde se encuentra la república de San Marino le tocó al nuevo reino, y en su consecuencia, la capital de un *Estado soberano*, decano de los Estados del continente, iba á descender á la infima categoría de simple cabeza de partido. M. de Marescalchi, compadecido de tan triste golpe, habló al emperador y le preguntó qué era lo que se debía hacer de aquella reliquia:

— A fe mía, respondió Napoleon, se debe conservar como una muestra de república.

Esta respuesta irónica parece indicar que el emperador Napoleon se acordaba de las protestas amistosas del general Bonaparte, pues ¿ cómo suponer que el conquistador que surcó en todos sentidos el vasto campo de la antigua Europa para sembrarle á su antojo, tuviese formalmente la idea de conservar semilla de república?

¿ Es cierto que en 1827 San Marino haya hecho fundir cuatro cañones de un pequeño calibre con esta inscripcion: *Ex sententia senatus*? La cosa no me parece muy probable.

En los últimos años del pontificado de Leon XII ó en los primeros del de Gregorio XVI, el duque de Montmorency, embajador francés en Roma, dejó de interino al caballero Artaud, primer secretario de embajada. El papa á consecuencia de una cuestion de refugiados políticos, pensó seriamente en apoderarse de San Marino, y la república alarmada envió diputados á M. Artaud, quien gracias á sus respetuosas representaciones, obtuvo se abandonara ese antiguo proyecto de la corte de Roma. Esta intervencion benévola valió el derecho de ciudadanía al caballero Artaud. La crónica asegura, y á mi me cuesta trabajo creerlo, que el duque de Montmorency de vuelta en Roma, tuvo alguna envidia de la recompensa obtenida por su suplente.

— ¿ Cuántos habitantes sois en San Marino? preguntaba á los enviados M. Artaud, que podia muy bien dirigirles esta pregunta sin parecer ignorante en geografía.

— Veinte y dos mil, le respondieron.

— ¿ De veras?... Pues no creia yo que fuérais tan numerosos.

— Entendámonos, M. Artaud; San Marino contiene 7,000 cristianos y 15,000 animales negros: total, 22,000 habitantes.

Para comprender la broma, es preciso saber que en la montaña se crían muchos cerdos, pues la bellota abunda en sus cuevas.

Despues de 1830 la república acogió hospitalariamente y hasta ocultó en su seno á varios carbonari de las inmediaciones, molestados ó perseguidos por la policía pontificia; y creyó estaba en el deber de enviar un mensaje al rey Luis Felipe cuando el horrible atentado de Fieschi, á fin de manifestar su reprobacion por el crimen del miserable que llevaba un nombre italiano.

Durante el corto periodo de la revolucion romana, los periódicos italianos, para mezclar lo risible con lo serio segun el precepto, se ocuparon de San Marino. Hé aquí una muestra de las lindezas que improvisaron:

« La misma medida (abolición de la pena de muerte en Toscana) acaba de ser tomada por el gobierno de San Marino, y una comision ha sido encargada de presentar un informe sobre la pena que debe reemplazarla. El gobierno de San Marino se compone de dos capitanes-regentes (*poder ejecutivo*), de un secretario de Estado para los *negocios-extranjeros*, otro para los *negocios interiores*, y un *consejo de Estado*. Esta última asamblea acaba de ser convertida en una cámara de representantes nombrada por *todos* los habitantes, mejora que se ha introducido sin la menor dificultad y sin ocasionar ningun sacudimiento... Ahora bien, como es preciso que un poco de ridículo se mezcle con las cosas mas graves, el *Corriere livornese* anuncia que la república de San Marino entra en escena de un modo digno de tan gran país. Hé aquí cómo: la república de San Marino, dice un diario de 1848, pequeño territorio enclavado en los Estados Romanos entre Cesena, Rimini y Urbino, acaba de dar inesperados síntomas de vida. En virtud de un *plebiscito* decretado por la asamblea legislativa, el 23 nivoso (23 de diciembre) año 1558 de la era republicana de San Marino, se ha adoptado el calendario de la primera república francesa, se ha nombrado un *embajador* que representará la república cerca de la constituyente romana, y se ofrecen doscientos hombres que tomarán el nombre de *cohorte titana* al ejército romano, á fin de combatir por la independencia italiana. »

Seguramente, todo esto es una burla, pero ella prueba que los italianos, no pudiendo tomar por lo serio á San Marino, han contraído la costumbre de divertirse á costa de esta *repubblichella* en todas las ocasiones, aun las mas solemnes. De lo alto de su nido de águila los habitantes del Titano inquietos por su porvenir, pudieron oír á lo lejos los últimos estampidos del cañon dirigido por Oudinot contra Roma. En aquel instante se mantenían callados, reservándose felicitar al vencedor, cualquiera que fuese, y cantar victoria con él.

Llego ahora á Garibaldi. Sabido es que despues de la derrota de la revolucion romana, personificada en él,

este jefe seguido de sus compañeros, atravesó el Apennino con direccion al Adriático. Era natural que acudiese á pedir un auxilio momentáneo á la roca titana. Llegado á San Marino el 31 de julio de 1849 á eso de las dos de la tarde, escribió al punto en las gradas de la iglesia la siguiente orden del día, para despedirse de sus fieles amigos:

« ¡ Soldados!

» Hemos llegado á la tierra de refugio, y debemos una conducta ejemplar á estos habitantes generosos, conducta que nos valdrá el respeto que merece la mala fortuna.

» Desde ahora quedan libres mis compañeros de todo compromiso y pueden volver á entrar en la vida privada, pero les recuerdo que mas vale morir que vivir esclavo del extranjero.

» GARIBALDI. »

La situacion de San Marino era entonces bastante difícil. Los austriacos acantonados en Rimini se adelantaban á cercar á los fugitivos, á bloquear é invadir la república, sin duda para pedirle cuenta de una hospitalidad sospechosa. ¿ Debían para conjurar el peligro entregar á los refugiados á un enemigo implacable? Debemos reconocer que la república supo salir con honra de este apuro. Se interpuso del modo mas generoso entre ambas partes, y los consejos de la prudencia fueron escuchados, seguidos sin duda, mas no á costa de los sagrados derechos de la humanidad.

El capitán-regente que me recibió en San Marino, M. Braschi, oficial de la milicia, se trasladó á Rimini y trató de la capitulacion con el general tudesco Gorzowski. Hé aquí el resumen: todos los legionarios depositarán las armas en manos de los jefes de San Marino, y podrán volverse á sus hogares. Garibaldi recibirá un pasaporte y se embarcará para América en un puerto del Mediterráneo...

Pero el incansable guerrillero desconfiando del Austria, con razon, y deseoso además de ofrecer su espada á Venecia, partió de noche escoltado por un puñado de compañeros y en compañía de su esposa, que muy luego perdió, pudiendo llegar al puertecillo de Casenatico, donde halló barcas de pescadores, en las cuales se dirigió hácia la reina del Adriático, hoy desgraciada esclava atada á la boca de un cañon.

Aquellos de los soldados de Garibaldi que pasaron á Rimini en virtud de una promesa engañosa, pagaron muy caro su confianza; fueron cogidos y encadenados como malhechores...

Nadie ignora en el día cuáles han sido despues las aventuras, las peregrinaciones, los combates del hombre de Montevideo, de Marsala y de Aspromonte. Debo añadir que el gobierno de la república habia socorrido á los garibaldinos, y no fué nunca cómplice del archiduque Ernesto y de los austriacos, dueños entonces de las Legaciones.

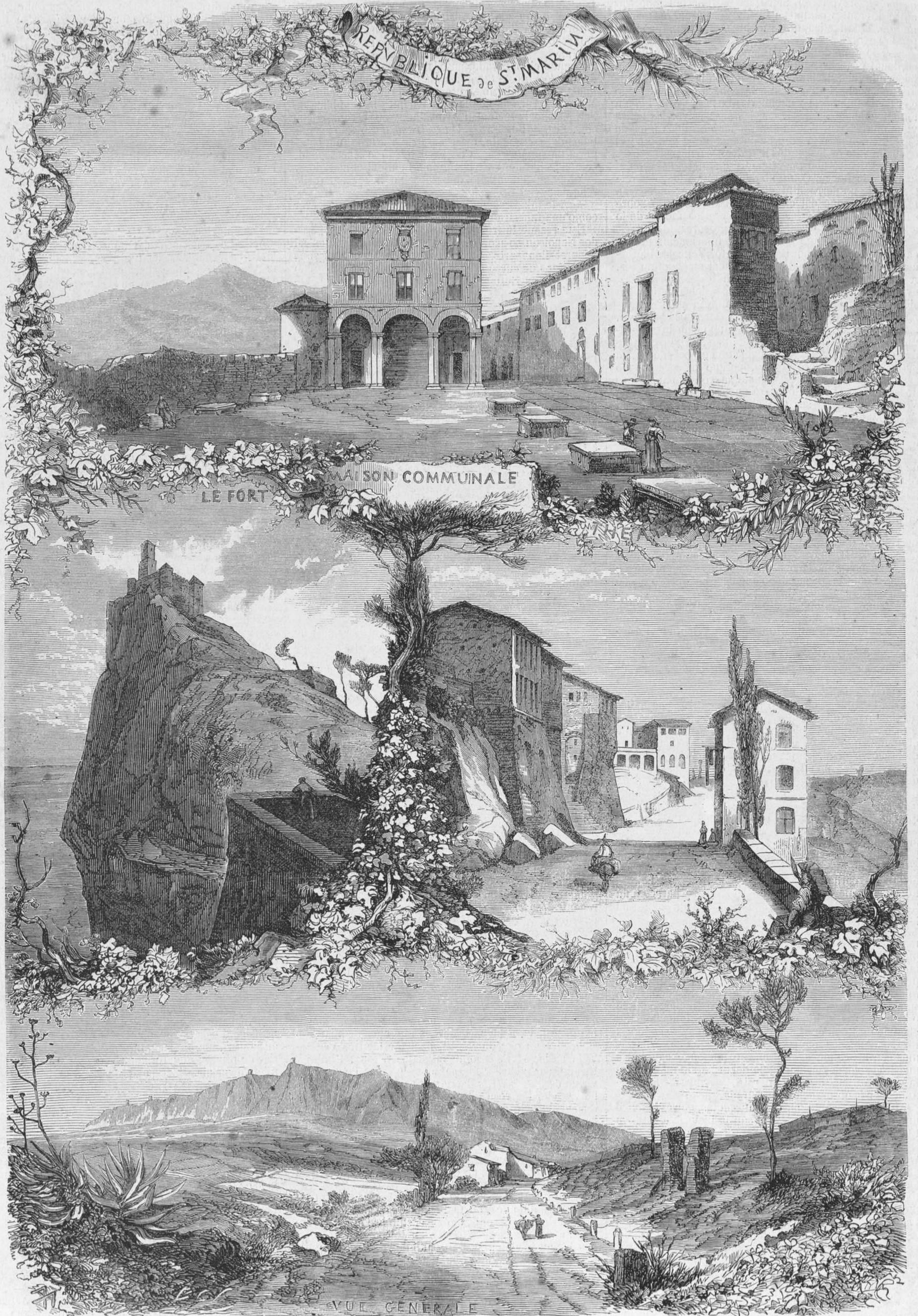
Salvo el deplorable asesinato del secretario de Estado Bonelli (hombre de bien y de talento nacido de una familia de antiguos patriotas de San Marino), no ha habido nada interesante desde entonces en el Titano. Corrió el rumor de que el mismo consejo soberano reclamaba la ocupacion extranjera, las bayonetas tudescas para mantener en orden á los perturbadores, tanto refugiados como indigenas, y se hablaba del estado de sitio inaugurado para la felicidad de San Marino, pero nada de esto tenia fundamento. La república envió á varios de sus notables á Florencia para cumplimentar al rey Victor Manuel que se hallaba en esta ciudad cuando se abrió la exposicion de pintura. El rey de Italia dispuso la mejor acogida á los montañeses, y apareció en medio de ellos en una funcion que se dió en el teatro de la Pergola.

Por lo demas, los de San Marino no han reclamado el protectorado, se creen suficientemente garantidos por los tratados europeos, si existe todavia algun tratado. Cavour prometió formalmente que su autonomia sería respetada, y el gabinete de Turin ha cumplido esta promesa del grande hombre de Estado.

Sabido es que un ferro-carril pone hoy en comunicacion Bologna con Ancona. Esta via pasa por Rimini, es decir, casi al pié del monte Titano. San Marino podria aprovecharla bajo el punto de vista comercial é industrial, pero desgraciadamente este país, dormido en su antigua rutina, en su antigua ignorancia, sin aspiraciones de ningun género, continuara como hasta aquí, temiendo ser absorbido por el nuevo reino.

#### IV.

La república del monte Titano, que cuenta mas de mil quinientos años en el día, forma un territorio de diez y seis millas cuadradas, y remata en punta por el lado de Rimini, es decir, al nordeste. La asamblea general del pueblo se llama el *Arringo*, y se convoca muy pocas veces, en las circunstancias extraordinarias. Toda la *nacion* cabe en el *palacio*, y sin estrecharse. Para emitir voto es preciso haber cumplido veinte y cinco años. El gobierno de esta democracia aristocrática, si podemos hablar así, se compone: 1º, de un consejo soberano, que cuenta sesenta miembros vitalicios, todos pertenecientes á una especie de patriciado; — 2º, de un pequeño consejo de doce miembros que se renuevan por ternas cada año y forman en cierto modo un senado ó una cámara alta; — 3º, de dos capitanes-regentes elegidos por el consejo pequeño, por seis meses y que



Territorio de la república de San Marino.

y seis á sesenta años... La guardia destinada al servicio de los capitanes-regentes y del consejo soberano cuenta un comandante, varios oficiales y veinte y cuatro soldados. La milicia comprende nueve compañías de 140 hombres cada una, incluidos los oficiales. Los Estados pontificios suministran los gendarmes, mediante un tanto por hombre. El comandante general tiene un estado mayor. La cifra de los oficiales se eleva en este momento á 75, desde el grado de teniente hasta el de coronel...

No he visto mas que un gendarme en San Marino, *uno solo*, que era de Luca, y que consagrado á una eterna inacción no pensaba mas que en la botella.

« ¡Los coroneles son siete, para 1,200 soldados!..... Las funciones de la mayor parte de estos oficiales son, como es de pensar, puramente honoríficas, y la nobleza romana ha adoptado hace tiempo la costumbre

de vestir el uniforme azul y blanco de la república de San Marino. Hoy la nobleza romana y toscana sigue este ejemplo. »

Es de creer que en la actualidad se ha concluido por falta de razon de ser, esa especie de protesta tacita contra el despotismo. Sin duda prefieren á ese disfraz el uniforme italiano que los rusos han aprendido á respetar en la Crimea y los austriacos en la Lombardia.

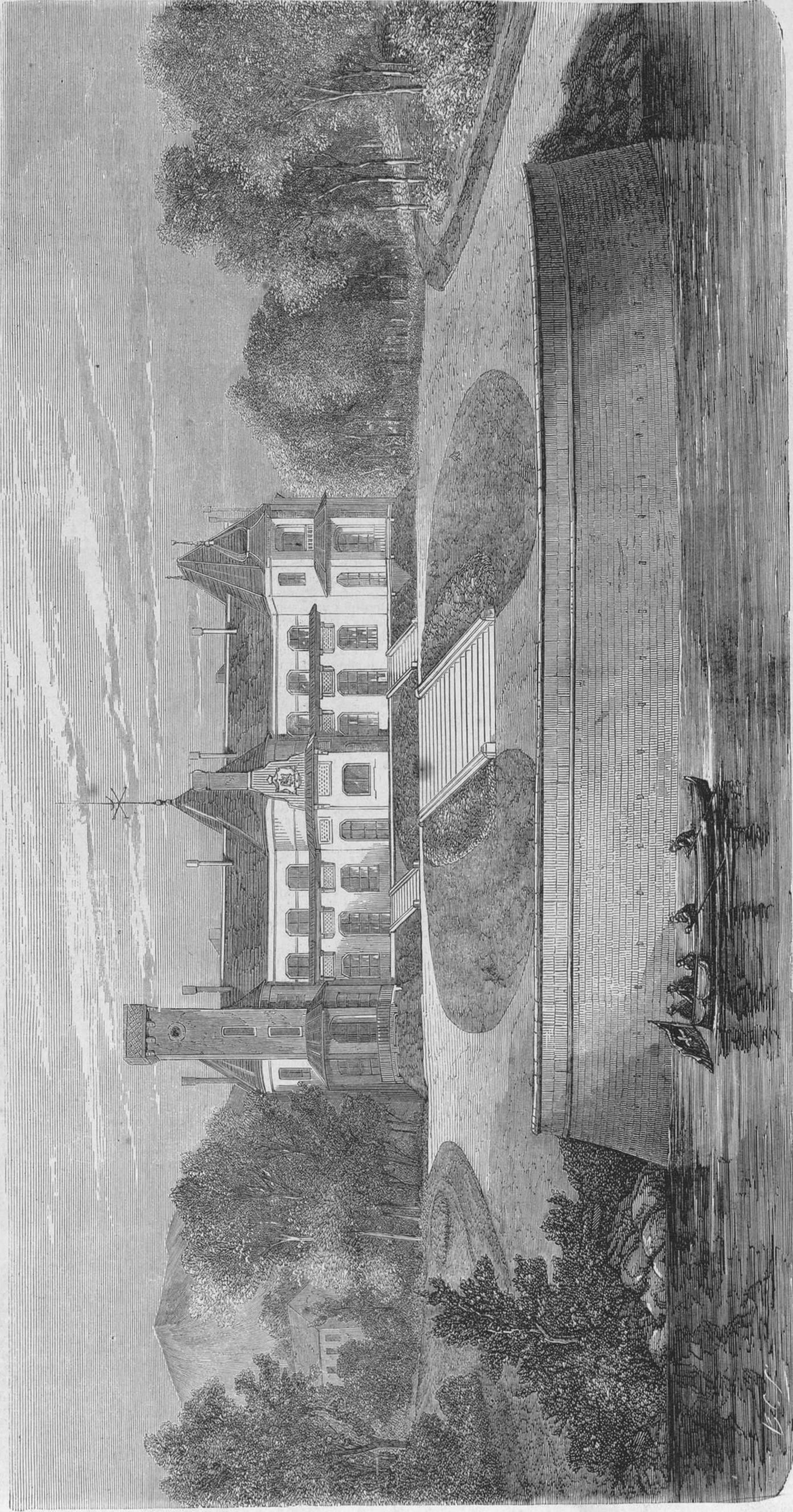
Uno de los antiguos apologistas de San Marino pone en boca de un montañés patriota este discurso :

« No hay aqui ningun interés personal. Todos los esfuerzos particulares se encaminan al bien general. Las voluntades individuales no forman mas que una, como las lanzas reunidas constituyen el pabellon que no puede romperse. La injuria inferida á un ciudadano alcanza á todos. La ley hace las veces de príncipe. No somos ricos ni pobres. Se honra la virtud y se condena el vicio.

Los destinos no se dan sino á los hombres de bien, jamás á los malos ni á los ambiciosos. Los ciudadanos temen la censura mas aun que á la ley, y la ley es mas escuchada que los oradores; por último, la autoridad está en manos de un corto número de hombres, pero que son virtuosos. »

Nada mas lindo sin duda, pero nada mas falso, al menos en la actualidad. En San Marino los hombres no son mejores ni peores que en cualquiera otra parte, pero quizá son algo mas hoscos é insociables.

Ignoro si existe en el mundo una república modelo, una república tipo; mas si se halla en alguna parte, aseguro que no es en el Tlano, ni en las margenes pedregosas del Valira, ni en las cumbres de San Marino, ni en el fondo de las gargantas de Andorra, que he visitado. Ni aun la Suiza, á pesar de sus seducciones, realiza completamente el ideal.



El palacio de Prangins, perteneciente á S. A. I. el príncipe Napoleón.

Andorra y San Marino sin ejército permanente (esa plaga de la hacienda de los grandes Estados), sin presupuestos crecidos, sin complicaciones administrativas, sin deuda pública, sin impuestos, sin nubes de funcionarios inútiles, sin voto en el congreso de las naciones, San Marino y Andorra, digo, han llamado mi atención como contraste, como antítesis política y social, y hé ahí por qué emprendí su estudio a riesgo de no encontrar nada que elogiar, y de pasar por un burlesco sistemático de lo que he visto.

Los Estados pequeños, como los simples particulares, suelen tener caprichos muy extraños:

Todo príncipe tiene embajadores,  
Todo marqués quiere tener sus pages...

¿Quién lo creería? San Marino, inferior al más pobre marquesado, se ha dado el lujo inútil de un ministro plenipotenciario, de un encargado de negocios (¿qué negocios?) en París, otorgándole el título de *duque*. Al mismo tiempo este personaje fué nombrado embajador de Monaco. Los dos títulos corren parejas. No le falta más a este duque que representar la república de Andorra y el principado de Lichtenstein. Pero Andorra tiene más cordura que San Marino, y no concede títulos ni piensa en figurar en el cuerpo diplomático. Hay otra cosa que no puedo pasar en silencio: la república ha fundado en 1860 una condecoración denominada: *Orden ecuestre de San Marino*, cuya cinta se compone de cinco rayas azul celeste, puestas horizontalmente sobre un fondo de plata.

Esta orden ha elegido por lema ¡oh profanación! las últimas palabras que el apóstol san Marino dirigió a sus compañeros:

*Relinquo vos liberos ab utroque homine.*

Gobierno, decretos, asamblea soberana, fuerza armada, legislación, condecoración, representación, todo es de igual valor en este Estado en miniatura. Todo hace sonreír y recuerda los niños que con mucha formalidad juegan a los magistrados, a los maestros de escuela ó a los soldados.

Un viajero dice con razón, que esta república de catorce siglos y de 7,000 almas, está más atrasada en civilización que un pueblo cualquiera de los Estados Unidos que cuente catorce meses de existencia, pues con efecto, en San Marino no hay imprenta, ni periódico, ni librería, ni siquiera oficina de correos.

Sin embargo, el monte Titano, tan desprovisto como está de todo recuerdo científico, ha sido el lugar de retiro de dos sabios, ó por mejor decir, de dos eruditos, los condes Delico y Borghesi. Preciso es contar con un buen fondo propio de recursos intelectuales para poder vivir en esa completa soledad moral.

Repetidas veces he tenido ocasión de ver al anciano Borghesi envuelto en su capa raída y sentado sobre el banco exterior del café Bigi (donde no hay ni artículos de consumo ni consumidores); este comentador de inscripciones romanas parecía como embrutecido por el enojo, por el vino y por las tristes influencias seniles. En otras épocas ha podido haber hombres de estudio y de meditación que hayan elegido por asilo ese peñasco severo y apacible; pero ahora, bajo el nuevo orden de cosas, es de creer no vaya nadie a domiciliarse en un lugar tan poco divertido, á menos que como el santo fundador, no quieran consagrarse á la penitencia y renunciar estóicamente á todo lo que puede hacer agradable la vida.

A. DE B.

### El palacio de Prangins.

El palacio de Prangins, situado en Suiza en el cantón de Vaud, fué comprado en 1815 por el rey José Napoleón, quien construyó el cortijo contiguo llamado la *Bergerie*. Esta última propiedad, separada hacia muchos años del resto del dominio, fué comprada en 1859 á M. Freeman por el príncipe Napoleón, quien ha dado á su propiedad el nombre de *villa de Prangins*.

El príncipe ha mandado construir un palacio y nuevas dependencias, obras que principiadas en 1860, se encuentran terminadas hoy, habiendo sido hechas bajo la dirección de M. Emilio Trelat, arquitecto y profesor en el Conservatorio de artes y oficios.

El palacio de Prangins está en una situación admirable sobre el lago de Ginebra. Del terrado ó de los balcones se descubre toda la orilla francesa, así como también se ven distintamente Evian, Thonon y las demás aldeas pintorescas diseminadas por aquel territorio. La posesión se halla entre Ginebra y Lausane, á algunos kilómetros de Nyon y de Coppet.

H. C.

### Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Descubriase desde aquel punto una campiña desnuda y fría donde había una pequeña aldea, una iglesia y un molino; en el extremo de la llanura se extendía una

vasta selva dedicada á la caza, y se alzaba junto á ella un enorme peñasco, y sobre este peñasco un castillo que hacia muchos años servía de cárcel.

La aldea tenía una pobre calle, una pobre tenería, una pobre taberna y un pobre meson donde se albergaban los caballos de posta, una pobre fuente y pobres habitantes.

Algunas mujeres acurrucadas delante de las puertas de sus casuchas limpiaban cebollas para la cena de la familia, en tanto que las otras lavaban en la fuente algunas hojas de col, de ensalada ó de yerbas silvestres.

La causa de su miseria se revelaba por sí propia: debían pagarse contribuciones para el Estado, diezmos para la Iglesia, tributos para el señor, impuestos particulares y generales, según los bandos fijados en todos los sitios públicos, y era de admirar que el mismo villorrio no desapareciese con la sustancia de su población.

Se veían pocos niños y no se encontraba un solo perro. En cuanto a las personas adultas, habían de elegir entre estas dos perspectivas: el hambre en las casuchas que se desmoronaban en la falda de la colina, ó el cautiverio y la muerte en la cárcel que dominaba la llanura.

El noble viajero, precedido de un correo que vestía una lujosa librea, y anunciado por el chasquido del látigo que se retorcia sobre la cabeza de los postillones, como si lo empujaran las vengativas furias, se paró delante del meson donde aguardaban los caballos de posta. Estaba inmediata la fuente, y los aldeanos se reunieron para contemplarle.

Volvió los ojos hácia el grupo de campesinos, y vió sin reconocerla la obra lenta y segura del hambre que hizo proverbial el aspecto chupado de los franceses en Inglaterra, donde se ha perpetuado como una tradición durante más de medio siglo.

El marqués miraba con indiferencia á los infelices que se inclinaban ante él, así como sus iguales se habían inclinado ante el ministro, con la única diferencia de que los primeros bajaban la cabeza por humildad, y los segundos las habían doblegado por ambición.

Se acercó á la fuente un hombre de repugnante aspecto, cuyo cargo consistía en cuidar de los caminos, y que por esta razón llamaremos caminero, aunque incurramos en un anacronismo.

— Llama á ese hombre, dijo el marqués á su correo.

El caminero se acercó á la carroza con el gorro en la mano, y seguido de los demás que rodearon el carruaje para ver y oír lo que iba á suceder.

— ¿No estabas hace algún rato en el camino? le preguntó el marqués.

— Sí, señor.

— ¿Qué mirabas con tanta atención?

— Señor, miraba á aquel hombre.

Y se inclinó al dar esta contestación para designar con su gorro azul la parte inferior del carruaje.

Sus compañeros se inclinaron como él para mirar debajo de la carroza.

— ¿Qué dices, majadero? ¿Qué ves debajo del coche?

— Es que habeis de saber, señor, que estaba colgado de esa cadena.

— ¿Qué estaba colgado?

— Señor, aquel hombre.

— ¡Maldito seas! ¿Quién estaba colgado?

— Perdonad, señor; no es del pueblo, y no sé cómo se llama. No le había visto en todos los días de mi vida.

— ¿Se ha ahorcado?

— Perdonad, señor; eso es lo que me admira, porque estaba así.

El caminero se apoyó en la carroza con los pies adelante y la cabeza inclinada sobre el pecho, y después se levantó é hizo un saludo retorciendo el gorro azul.

— ¿Qué hombre es ese?

— Mas blanco que un molinero, señor, cubierto de polvo de pies á cabeza, alto y pálido como un espectro.

Este retrato produjo una profunda impresión en el auditorio, y todos los ojos se fijaron en el marqués para ver quizás si tenía algún espectro en la conciencia.

— ¿Y porqué no has dado voces cuando has visto que aquel miserable iba asido á mi carruaje? Pero ¡que me importa! dijo el marqués felicitándose de no tener que inquietarse por semejante canalla. Aleja á ese hombre, Gabelle.

M. Gabelle reunía los cargos de maestro de postas y recaudador de contribuciones. Se había acercado al coche para asistir al interrogatorio del caminero, á quien había sujetado por la manga de una manera completamente oficial.

— ¡Atrás, animal! dijo empujándole bruscamente.

— No dejes de apoderarte, Gabelle, de ese hombre que han visto debajo de mi carroza si viene por la aldea, repuso el marqués, y procura averiguar sus intenciones.

— Tendré la honra de obedecer vuestro mandato.

— Ese imbécil estaba hace un momento aquí. ¿A dónde se ha ido?

El imbécil estaba debajo de la carroza con una docena de amigos íntimos, y les enseñaba la cadena de que pendía el espectro. Otros amigos no menos íntimos le llamaron inmediatamente y le llevaron á la presencia del marqués.

— Dime, muchacho, ¿huyó aquel hombre antes de llegar al pueblo?

— Al llegar á la bajada se soltó de la cadena, y entró en el bosque como quien se arroja al agua.

— No le pierdas de vista, Gabelle. ¡Arrea, postillon!

La media docena de amigos que miraban la cadena de la cual se había suspendido el espectro, continuaban entre las ruedas como carneros, y la carroza partió tan

bruscamente que fueron muy afortunados salvando el pellejo; si hubieran poseído otra cosa, es probable que habrían salido peor parados.

Cuando después de cruzar el valle fué preciso subir la pendiente que formaba la opuesta falda, la carroza siguió una marcha más lenta, y el marqués subió la última colina que había de cruzar al paso de los flacos jameigos que le había entregado M. Gabelle.

Los postillones, coronados de un círculo de mosquitos, arreglaban tranquilamente el extremo de sus látigos, en tanto que el zagal marchaba al lado de los caballos, y se oía á lo lejos el trote del correo.

En el sitio más escarpado del cerro había un humilde cementerio precedido de una cruz, donde se veía una imagen de Jesucristo, de madera pintada y de tamaño natural; era obra de un cincel poco experto, pero el escultor había tomado el modelo tal vez de su propia persona, porque el divino crucificado estaba horriblemente flaco.

Al pie de la cruz estaba arrodillada una mujer que volvió la cabeza cuando pasó junto á ella el carruaje, y levantándose rápidamente corrió hácia la portezuela.

— ¡Sois vos, señor! Admitid mi memorial, dijo con voz suplicante.

El marqués se asomó con impaciencia, pero sin cambiar de aspecto.

— ¡Siempre memoriales! dijo. ¿Qué pedís?

— ¡Señor, por amor de Dios!... Es por mi pobre marido...

— ¿Qué pide vuestro pobre marido? Siempre lo mismo; ¿no ha pagado lo que debe?

— Por el contrario, señor, lo ha pagado todo... porque se ha muerto.

— Mejor; ahora descansa. ¿Puedo acaso resucitarlo?

— ¡Ah! no, señor; está allí, debajo de un montón de yerba...

— ¿Y qué?

— Señor, son tantos los montones de yerba, que todos son iguales...

— ¿Y qué quereis que haga yo?

Aquella mujer era joven, y sin embargo estaba ajada y surcada de arrugas como una anciana. En su dolor apasionado, cruzaba sus descarnadas manos ó las apoyaba en la portezuela del coche como si la pesada máquina tuviera alguna cosa de humano y pudiera ser sensible á sus caricias.

— ¡Señor... escuchadme... leed mi memorial!... Mi marido ha muerto de miseria como tantos otros... ¡Hay tantos que ayunan!

— ¿Puedo acaso mantenerlos?

— Dios lo sabe, señor; pero no es eso lo que os pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido para ponerla sobre su huesa y saber dónde está.

Si no pongo esa cruz, quedará olvidado pronto el sitio donde descansa y no le encontrarán cuando me muera, que no tardaré mucho, porque el hambre no perdona. Me enterrarán, señor, debajo de otro montón de yerba... ¡Son tantos... los muertos son tan numerosos y es tan grande la miseria! ¡Por piedad, señor, concededme lo que os pido!

El lacayo la separó de la portezuela; la carroza, cuya marcha aceleraban los postillones, se alejó rápidamente, y el noble personaje conducido nuevamente por las furias, vió acortarse de minuto en minuto la distancia que le separaba de su castillo.

Los perfumes de la tarde se alzaban en el camino y se esparcían con la misma imparcialidad que la lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y cubiertos de andrajos que rodeaban la fuente. Estos continuaban escuchando la historia del espectro, cuyos pormenores les repetía el caminero con el gorro en la mano.

Se dispersaron por fin y cada cual entró en su casa; aparecieron en las angostas ventanas de la aldea trémulos resplandores; las ventanas se oscurecieron después cuando empezaban á brillar las estrellas, y se hubiera dicho que la claridad de las cabañas en vez de extinguirse había ascendido á los cielos.

Un vasto edificio cuyos tejados se alzaban entre frondosos árboles, cubría en tanto con su sombra la carroza del marqués.

Una antorcha desvaneció las tinieblas, abrieron la puerta principal, y el señor de la aldea entró en su castillo.

— ¿Ha llegado Carlos de Inglaterra? preguntó al bajar del carruaje.

— No, señor; no ha llegado aun.

### CAPITULO IX.

LA CABEZA DE MEDUSA.

El castillo del marqués era un vasto edificio, un montón de piedra labrada delante del cual se extendía un inmenso patio, en el que se reunían dos anchas escalinatas en forma de herradura sobre un terrado de piedra donde se abría la puerta principal.

La piedra dominaba en todas partes; los zócalos, las estatuas, las balaustradas, los leones que arrojaban el agua ó custodiaban las cornisas, las cabezas de hombres y animales que se asomaban debajo del tejado, todo era de piedra. Se hubiera dicho que á fines del siglo XVI, en el momento de terminarse el edificio, la cabeza de Medusa había paseado sobre él su mirada.

El marqués subió los anchos escalones que conducían al terrado, precedido de una antorcha que ahuyentaba las tinieblas con luz suficiente para excitar las quejas de un buho albergado bajo el vetusto techo de

una antigua cochera. El aire estaba tan tranquilo, que ni siquiera agitaba la llama que alumbraba al marqués, ni la que le esperaba á la puerta del castillo.

A excepcion de la voz del buho y el murmullo de una fuente que vertía sus aguas en un pilon de piedra, ningun sonido se oía en torno del edificio. Era una de aquellas noches tenebrosas que detienen el aliento anheloso y exhalan de vez en cuando un suspiro que aboga al instante el silencio.

La enorme puerta se abrió rechinando, y el marqués se encontró en un gran salon cuyas paredes estaban cubiertas de antiguos venablos, de pesadas espadas, de numerosos cuchillos de caza, y de ciertos latigos de correas cuyos golpes habia sufrido mas de un aldeano antes de ir á reunirse con la muerte, su única bienhechora.

Evitando los salones donde no habia luz, el marqués se dirigió al primer piso, cruzó una puerta que daba á un corredor y entró en la habitacion particular que la formaban grandes salas esplendentes como en un siglo y en un pais de lujo convenia á la posicion de un gran señor.

El estilo de la época de Luis XIV predominaba en los ricos muebles, entre los cuales formaban un gracioso contraste varios objetos artísticos cuyo origen tenia relacion con las antiguas páginas de la historia de Francia.

Veíase una mesa con dos cubiertos en la última sala de la habitacion, pequeña rotonda que ocupaba uno de los torreones, que cubiertos con su tejado piramidal, se alzaban en los cuatro ángulos del castillo. La ventana estaba abierta, pero cerradas las persianas, y la noche se manifestaba tan solo por las líneas negras que alternaban con los verdes listones.

— ¿No habeis dicho que no habia llegado mi sobrino? dijo el marqués dirigiendo una mirada á la mesa.

— Creiamos que vendria con vos, señor.

— No es probable que venga esta noche. Dejad sin embargo su cubierto... Cenaré dentro de veinte minutos.

Apenas habian trascurrido los veinte minutos, cuando el señor marqués se sentaba delante de una cena delicada y suntuosamente servida.

Acababan de llevarse el primer plato, y el marqués tenia en la mano el vaso de vino de Burdeos, pero en vez de llevarselo á los labios, volvió á dejarlo en la mesa.

— ¿Qué ruido es ese? preguntó mirando la ventana que estaba enfrente.

— ¿En dónde, señor?

— Abre las persianas.

El criado ejecutó esta orden.

— ¿Quién anda por ahí!

— Señor, no veo nada... nada mas que la sombra y los árboles.

— Bien, cierra.

El criado cerró las persianas, y el marqués continuó cenando.

Estaba en el asado cuando volvió á detenerse con el vaso en la mano oyendo el ruido de un carruaje.

— Preguntá quien llega, dijo al criado.

Era el sobrino del marqués.

Habia hecho todos los esfuerzos posibles para alcanzar la carroza de su tío, pero no pudo llegar á la aldea hasta el momento en que el marqués entraba en el castillo.

— Señor, le dijo un lacayo, la cena está dispuesta y vuestro tío os espera.

Pocos instantes despues el sobrino del marqués entraba en la sala circular.

Hemos conocido ya á este sobrino en Inglaterra, donde llevaba el nombre de Carlos Darnay.

El marqués le recibió con gracia, pero no le alargó la mano.

— ¿Partísteis ayer de París? preguntó el joven sentándose á la mesa.

— Ayer por la mañana. ¿Y vos, caballero?

— He venido directamente.

— ¿De Londres?

— Sí, señor.

— Mucho habeis tardado, dijo el marqués sonriendo.

— Por el contrario; solo me he detenido una hora.

— No hablo del tiempo que habeis empleado en el viaje, sino del que habeis tardado en emprenderlo.

— Me he detenido por... diferentes negocios, respondió el joven vacilando.

— Me lo figuro, repuso el marqués con amabilidad.

No hablaron mas mientras estuvo presente el criado, pero cuando se quedaron solos despues de tomar el café, Carlos dirigió la mirada á su tío y entabló la conversacion.

— He venido, dijo, como sin duda lo habeis adivinado, con la intencion de llevar á cabo el proyecto que me condujo á Inglaterra, y la insistencia con que lo he acometido me ha lanzado en un peligro tan grande como inesperado. Sin embargo, continuaré esta empresa que para mí es sagrada, y si me lleva á la muerte, espero que el sentimiento que me inspira me sostendrá hasta el fin.

— ¿Porqué os ha de llevar á la muerte? Eso es una exageracion?

— Suponiendo que no haya exagerado, os haré una pregunta.

— Hacedla.

— En el momento fatal, ¿me hubierais tendido la mano para protegerme?

El tío protestó de su cariño á su sobrino con un ademán lleno de gracia, pero era tan evidente que aquella protesta no pasaba de ser una mera fórmula de cortesía, que no tranquilizó al joven, el cual añadió:

— Sin embargo, segun me han asegurado, parece que habeis contribuido á que fueran mas peligrosas las circunstancias en que me hallaba.

— Os han engañado, dijo el marqués con el tono mas amable.

— Lo creo, repuso el sobrino mirando á su tío con desconfianza, pero sé que hareis cuanto os sea posible para que salgan fallidos mis intentos, y recuerdo que nunca habeis sido muy escrupuloso en la eleccion de los medios.

— Os he avisado hace mucho tiempo, respondió el marqués cuyas megillas se colorearon, no de rubor, sino de ira; hacedme el favor de recordarlo, querido sobrino.

— No lo he olvidado.

— Gracias.

La voz del marqués dejaba en el aire una vibracion prolongada como la de un instrumento armonioso.

— Creo en efecto, continuó el joven, que debo á mi buena estrella, y mas aun á vuestra mala fortuna, el no estar encerrado en alguna cárcel francesa.

— No os entiendo, dijo el tío. ¿Será una indiscrecion pedir que expliqueis esas palabras?

— Quiero decir, que si no fuérais tan mal mirado en la corte, y no hubiérais abusado tanto de ella, una orden secreta me hubiera enviado á una fortaleza cualquiera por un tiempo indeterminado.

— Es posible, dijo el marqués con la mayor calma; hubiera llegado hasta ese extremo para salvar el honor de la familia. Dispensadme que os hable con tanta franqueza.

— Es para mí una dicha que la recepcion de anteayer haya sido como siempre un bochorno para vos, dijo el joven.

— No estoy seguro, querido sobrino, de que debais felicitaros por eso, respondió el tío con la mayor finura.

Las ventajas de la soledad y la ocasion que hubierais tenido de reflexionar despacio, hubieran podido influir en vuestro porvenir de una manera más favorable de lo que imagináis. Pero es inútil discutir sobre este punto, pues como vos decís, soy mal mirado en la corte. No se conceden ya en el dia mas que al interés y á la importunidad los instrumentos de correccion que en otro tiempo ayudaban á las familias á consolidar su poder y conservar su honor, y son tantos los pedidos, que el número de los agraciados es por consiguiente muy reducido. No sucedía así en otro tiempo; pero todo ha cambiado en Francia. Nuestros antepasados tenian derecho de vida y muerte sobre sus vasallos. ¿Cuántos villanos han salido de este castillo para ser aborcados! Sabeis muy bien que en la sala inmediata, que es donde duermo, uno de esos rústicos fué traspasado á puñaladas por la insolente delicadeza de que hacia alarde en favor de su hija. ¡Su hija! Perdemos de dia en dia nuestros privilegios. Una nueva filosofia está de moda, y hoy es ya una verdadera dificultad sostener cada cual su rango. ¡Esto va mal... muy mal!

El marqués tomó un polvo con suprema elegancia al terminar estas palabras, y movió la cabeza con aire inquieto, sin desesperar sin embargo de la regeneracion del pais que tenia la ventaja de poseerle.

— Hemos sostenido tan bien el rango de nuestra familia hace algunos siglos, dijo el sobrino con voz sorda, que creo que no hay en Francia un nombre mas detestado que el nuestro.

— No lo dudo, respondió el tío; el odio que se tiene á los nobles es de parte del pueblo un homenaje involuntario.

— En todas las cercanías, prosiguió el joven con el mismo tono, no hay un solo ser que no me mire con el temor y la bajeza de un esclavo.

— Eso es un cumplimento para la familia, un elogio merecido por la manera con que ha sostenido su grandeza.

El marqués aspiró lentamente otro polvo y cruzó las piernas; pero cuando el joven, con el codo apoyado en la mesa, se llevó la mano á la frente y se tapó los ojos, la mirada astuta y cruel del marqués se fijó en él con una fuerza de penetracion y de odio que desmentia el aspecto amable del noble personaje.

— La compresion, dijo, es la única filosofia real y permanente; el temor del esclavo es saludable, sobrino, y el látigo tendrá á nuestros perros bajo la obediencia mientras subsistan estas paredes.

Este plazo podia ser mas breve de lo que el marqués suponía.

Si le hubieran enseñado lo que iba á ser su castillo dentro de algunos años, con dificultad habria reconocido sus ruinas en medio de tantas otras que habian hecho el hierro y el fuego.

— En tanto, continuó el marqués, tendré cuidado del reposo y el honor de la familia que tan poco os interesan. Pero supongo que estareis cansado, y temo aumentar vuestro cansancio prolongando esta conversacion.

— Dignaos concederme algunos minutos mas.

— Aunque sea una hora.

— Hemos hecho el mal, repuso el sobrino, y sufriremos sus consecuencias.

— ¿Hemos hecho el mal? repitió el marqués con una sonrisa, designándose á sí despues de designar al joven.

— Hablo de nuestra familia, cuyo honor nos interesa á ambos aunque de una manera muy distinta. Hasta en vida de mi padre hicimos todos los agravios imaginables insultando y aniquilando á cuantos eran un obstáculo para nuestros placeres. ¿Qué necesidad tengo de recordarlo? Esa vida fué la vuestra. ¿No érais el hermano menor de mi padre, el coheredero de los títulos y bienes de la familia, el que se aprovechó de su sucesion?

— Así lo ha querido la muerte, dijo el marqués.

— ¿Y quién me ha dejado desarmado ante un sistema odioso, al cual estoy enlazado por una fatalidad, del cual soy responsable, y contra el cual nada puedo? ¿quién me ha dejado haciendo esfuerzos para ejecutar la última voluntad de mi madre y para obedecer su poster mirada con la que me suplicaba que tuviese compasion é hiciese justicia? ¡Oh! ¡Qué tormento tan horrible es no tener poder y no encontrar en parte alguna el auxilio que reclamo!

— Si me lo pedís á mí, estad seguro de que no lo conseguireis, querido sobrino.

El marqués, que estaba entonces de pié cerca de la chimenea, miró al joven con expresion fria y pérfida bajo la calma aparente de su pálido rostro, y dijo tocando con el indice el pecho de su sobrino, como si el extremo de su dedo fino y blanco hubiese sido la punta de una espada:

— Amigo mio, moriré sosteniendo el orden de cosas en el cual he vivido.

Apoyó estas palabras tomando un polvo decisivo, y se puso la caja de oro en el bolsillo.

— Hariais mejor en ser razonable y aceptar el destino que habeis recibido del cielo, continuó el marqués tirando del cordon de la campanilla; pero veo que estais perdido sin remedio.

— He perdido mi herencia así como la Francia, murmuró el joven con tristeza; pero he renunciado á las dos.

— ¿Y podeis hacerlo, Carlos? No dudo que renunciéis á la Francia; pero no podeis renunciar aun á vuestra herencia.

— Lo sé, señor; únicamente quise decir que mañana pasará de vos á mí...

— Tengo la vanidad de creer que está aun muy lejano ese mañana.

— Supongamos que sea de aquí á veinte años.

— Me haceis mucho honor, dijo el marqués; pero prefiero esa suposicion.

— Abandonaria esta propiedad para ir á vivir en otro pais y de distinto modo que mis antepasados. Será un débil sacrificio sin embargo alejarse de un sitio como este donde todo es ruina y miseria.

— ¡Sí! dijo el marqués dirigiendo una mirada al lujo que estaba rodeado.

— En esta sala la mirada queda satisfecha, repuso el sobrino; pero en el fondo y á la claridad del dia no es mas que un monton vacilante de desórdenes, extorsiones, deudas escandalosas y tiranías repugnantes, sostenidas por el hambre, la desnudez y la enfermedad.

— ¿Sí? repitió el marqués con ironía.

— Si algun dia es mía esta hacienda, prosiguió el joven, la confiaré á manos mas hábiles que las mías, para que los hijos de los desgraciados que habitan esta comarca, donde tanto han padecido, no tengan que soportar tantos males. Pero no les haré yo esta justicia: sobre esta tierra y la familia que la posee pesa una maldicion.

— Perdonad mi curiosidad, dijo el tío; pero vos, con vuestros principios, ¿teneis intencion de vivir?

— Viviré, señor, como se verán obligados tal vez á vivir algun dia muchos nobles, viviré trabajando.

— ¿En Inglaterra acaso?

— Sí, señor; no temais; el honor de la familia no quedará mancillado, al menos en Francia.

La campanilla habia dado la orden de encender luz en el aposento del marqués, el cual dirigió la mirada hacia la puerta de la sala inmediata que se abria, prestó oído y esperó un rato para continuar la conversacion cuando se hubiese retirado el criado.

— Forzosamente, dijo, ha de tener Inglaterra muchos atractivos para vos, porque la posicion que ocupais allí no es muy ventajosa. No me parece grande vuestra prosperidad, añadió sonriendo.

— Creó haberos dicho que os lo debo á vos. Por otra parte, si partí á Inglaterra no fué para enriquecerme, sino para buscar un refugio.

— Inglaterra se alaba de ser un asilo para muchas personas. ¿No conoceis un francés refugiado como vos en ese pais hospitalario, un doctor en medicina?

— Sí, señor.

— ¿Tiene una hija?

— Sí, señor.

— Muy bien, dijo el marqués. Buenas noches y descansad, porque debeis estar muy fatigado.

Al inclinar la cabeza con gracia se reveló en su mirada y su sonrisa una expresion particular que daba á sus palabras un sello tan significativo y misterioso, que el joven quedó sorprendido. Las líneas rectas de sus párpados y de sus labios, encorvadas por el sarcasmo, daban á su rostro agraciado un aspecto verdaderamente infernal.

— ¡El doctor tiene una hija! repitió el marqués. ¡Muy bien! Así principia la nueva filosofia. Pero estais cansado; buenas noches, querido sobrino.

Tan inútil hubiera sido interrogar á las máscaras de piedra que adornaban el castillo, como hacer preguntas al rostro del marqués, y su sobrino lo contempló en vano cuando cruzaba la puerta.

— ¡Buenas noches! repitió el marqués. Espero que mañana estareis completamente descansado. — Alumbrá y acompaña á este caballero á su cuarto. ¡Si pudieras tostarle allí! murmuró el tío al llamar para que le ayudaran á desnudarse.

(Se continuará.)



La Natividad, cuadro de Rubens.



El Arbol de Navidad.

## Bibliografía (1).

ENSAYOS BIOGRAFICOS Y DE CRITICA LITERARIA SOBRE LOS PRINCIPALES PUBLICISTAS, POETAS Y LITERATOS LATINO-AMERICANOS, POR J. M. TORRES CAICEDO.

(2 vol. in-8º Paris, Guillaumin.)

Hemos leído con creciente interés los dos volúmenes publicados en París bajo el título que encabeza estas líneas, y sin la pretensión de hacer su crítica, vamos a emitir nuestro juicio, porque queremos recomendar su adquisición; esta obra debe encontrarse en toda biblioteca americana. Especialmente la recomendamos a la juventud.

Para juzgar una obra con acierto hay que considerar dos cosas: el propósito y la ejecución. Nosotros damos a lo primero gran importancia, porque revela el objeto del escritor, si es un libro, del artista, si es un objeto de arte, sirviendo para apreciar su móvil y tendencias y para estimarlo ó vituperarlo. La ejecución es el desarrollo de la idea, su forma material, si nos es permitida la expresión.

El libro del señor Torres Caicedo tiene un alto y trascendental pensamiento: su objeto es reunir en un cuerpo datos y noticias sobre la vida y escritos de los poetas y escritores más notables de la América latina. Ese libro es un símbolo de la fraternidad futura a que somos llamados por la raza y por las instituciones democráticas; los que hemos nacido en este continente debemos aceptarlo como un precioso obsequio, casi como una revelación para la generalidad, de nombres y obras americanas.

«Es preciso, dice el autor, que las repúblicas sur-americanas comprendan la imperiosa necesidad en que están de hacerse conocer más entre sí mismas: hasta hoy las unas ignoran casi absolutamente los adelantos que las otras hacen; y es muy común en ellas estar más al corriente de lo que pasa en Europa, que de lo que acontece en los países vecinos y hermanos. Por consiguiente, las obras de los más célebres escritores sur-americanos son conocidas de pocos, y a veces no pasa este conocimiento de los límites de la república en donde se publicó la obra. ¡Ojalá puedan estos desaliñados artículos contribuir a despertar en los americanos españoles el deseo de conocer los escritos de nuestros hombres más distinguidos!»

Profunda verdad encierra el párrafo transcrito: vivimos en América, por desgracia nuestra, en un completo aislamiento, en una ignorancia absoluta del movimiento intelectual de las diversas repúblicas. Fija la mirada en Europa, de donde esperamos la luz y la ciencia, nos cuidamos poco de los progresos que esa misma ciencia hace en medio de nosotros; y cuando hablamos de nosotros, nos referimos a los americanos. De manera que, exceptuando uno que otro bibliófilo, la generalidad no conoce ni el nombre de los publicistas americanos; y sin embargo, los hay de muchísimo talento, de vasta ciencia, y sobre todo, con el tacto y la práctica de americanos, escribiendo para América, es decir, que dejamos de estudiar precisamente en los libros en que más debemos aprender.

El señor Torres Caicedo ha emprendido pues la meritoria y dignísima tarea de popularizar esos nombres, darnos noticias de bibliografía americana, algunas tan interesantes y nuevas, que queda un sentimiento de disgusto por carecer del libro cuya noticia llega quizá a nuestro oído por primera vez, pero dejando en el lector el deseo de adquirirlo para estudiarlo. El autor que ha tenido tal propósito, merece sin disputa la gratitud de los americanos. Nosotros lo decimos con leal franqueza, la tendencia de este libro es noble, digna, meritoria, y es además la mejor, la más sensata defensa que puede hacerse de las repúblicas americanas, exhibiendo esa serie de nombres y esa lista de obras, que muestra que si se maneja con demasiada frecuencia la lanza y el fusil, se canta también en dulcísimos y armoniosos versos, y se escribe con un criterio y sensatez, que está muy distante del salvajismo en que nos suponen algunos escritores europeos.

La lectura de este libro ha dejado en nosotros gratísimos recuerdos y despertado la esperanza, avivando la fe en la democracia y el porvenir de la América latina. Antes de leerlo conocíamos ya dos juicios de escritores franceses que le son altamente favorables: M. Jules Janin, en el *Journal des Débats*, y M. L. Favre de Clavayros, cuyo artículo ha publicado *la Revista*. Pero esos escritores no han podido, en nuestro entender, alcanzar la influencia que esa obra debe ejercer en América, porque no conocen el vacío que ha venido a llenar: europeos, están acostumbrados a la fácil comunicación que los pone al corriente de todos los progresos, de todos los adelantos, mientras que en América sucede lo contrario, sobre todo tratándose de libros americanos. Lo caro de las impresiones, la dificultad de adquirir esas obras, la carencia casi absoluta del comercio de publicaciones sur-americanas entre los diversos Estados de este continente, ya sea porque las ediciones son poco numerosas, ya porque no existen impresores-editores que especulen en la impresión de los trabajos americanos, ya sea por ese indiferentismo tan fatal sobre todo en las democracias, la verdad es que aquí no están en venta ediciones de Venezuela ó Nueva Granada por

ejemplo, mientras poseemos los libros europeos recientemente publicados. ¿Qué resulta de esto pues? La ignorancia del progreso de las letras americanas, el aislamiento intelectual de los escritores demócratas de nuestra raza y de nuestra lengua.

Esa falta hace difícil, casi imposible la creación y el desarrollo de la literatura americana.

Más aun; ¿conocemos lo que se publica en las demás repúblicas? Casi pudiéramos decir que no; si no lo conocemos no podemos adquirirlo, y aun conociéndolo, esas ediciones no circulan en nuestros mercados. Así pues, todo libro que nos ponga al corriente de lo que se ha publicado en las distintas repúblicas, todo trabajo de bibliografía americana, es una obra de mucha utilidad, porque marca una ruta en desconocidos sitios, sirve de guía en medio de la oscuridad. Aun cuando el libro de que nos ocupamos no tuviera sino este mérito, bastaría no solo para estimarlo y adquirirlo, sino además para agradecer al autor ese servicio. Pero la obra del señor Torres Caicedo, dignísima en cuanto al propósito, es de indisputable mérito en cuanto a la forma, a su ejecución, a su belleza literaria.

Hace algunos años que se publicó en Chile una obra análoga, aunque no de tan vastas proporciones: *la América poética*, y esa compilación no solo dió lustre a sus editores, sino que fué recibida con unánime aplauso y juzgada como un servicio prestado a la poesía americana. Pues bien, el señor Torres Caicedo ha ensanchado el círculo de sus estudios y de sus noticias; no son meramente los poetas los que figuran en su galería, son publicistas, literatos y hombres de ciencia. Por eso tiene relativamente más importancia, sirve con más acierto los intereses americanos a los cuales se ha consagrado su autor con una laboriosidad digna del más alto encomio.

Este libro pues está llamado a estimular la lectura de obras americanas, a unificar las letras de este continente, enseñándonos el camino que debemos seguir para formar bibliotecas americanas. Las noticias bibliográficas, aunque no tan extensas como deseáramos, son utilísimas, y sirven para indicar los libros que se deben adquirir según el gusto y estudios de cada uno. Poetas numerosos cuyas obras señala, historiadores notables cuyos trabajos indica, publicistas y juristas, todos encontrarán en esta obra señaladas, y a veces juzgadas también, las publicaciones más notables hechas por hispano-americanos. Es un libro precioso bajo este concepto, casi pudiéramos decir, indispensable no solo a los literatos, sino a los americanos en general. ¡Ojalá se agotasen copiosas ediciones! Eso mostraría el interés de imponerse del estado intelectual de nuestras repúblicas, y ese interés marcaría un progreso innegable en el desarrollo de las buenas ideas.

Como una prueba de lo poco que conocemos las publicaciones americanas, queremos referir un hecho.

Hace algunos meses un joven laborioso publicó en uno de los diarios de esta capital algunas palabras con motivo de la muerte de *Julio Arboleda*. ¿Quién es Julio Arboleda? se preguntaba la generalidad. ¿Cuáles sus antecedentes para que su muerte sea tan sentida? La verdad es que pocos conocían a Julio Arboleda como publicista y como poeta; le juzgaban más bien como un personaje político de los que abundan por estas tierras de aspirantes.

Bien; ¿quereis saber quién es ese Julio Arboleda? Leed el libro de Torres Caicedo, y casi podemos aseguraros que simpatizaréis con aquel americano ilustre, víctima por desgracia de las facciones y de los partidos.

¡Ojalá sus obras fuesen consultadas con frecuencia por nuestros gobernantes! ¡Cuánto bien harían y cuántos males podrían evitar! Para juzgarlo como administrador y político, vamos a citar estas palabras que querríamos grabarlas en caracteres imborrables en la memoria de nuestros hombres públicos; ellas son la síntesis del programa político que deseaba para su país:

1º «Sosiego interno, basado en la rígida observancia de las leyes, en el respeto escrupuloso de la propiedad, y en el castigo pronto é inexorable de los delincuentes;

2º » Paz con nuestros vecinos, fundada en la justicia de nuestros procedimientos y en el respeto perfecto de nuestra propiedad, a exigir el cual tienen tanto derecho las naciones como los individuos;

3º » Exclusion de las personas de malas costumbres de todos los puestos públicos, sea cual fuere el color político a que pertenezcan, y llamamiento a los mismos puestos de los hombres de bien de todos los partidos que tengan aptitudes para desempeñarlos.»

Tal programa era la salvación de la república; pero no comprendieron al hombre; ¡y lo asesinaron! Arboleda era un poeta de primer orden. No podemos citar todo lo bello que contiene la obra del señor Torres Caicedo sobre él; copiaremos al acaso y para mostrar los sentimientos de aquel ilustre americano, lo siguiente:

## XIII.

¡Oh madre, madre! cuyo nombre puro  
Ha respetado hasta la envidia impía,  
Deja que apure el cáliz de agonía,  
Y me haga digno de deberte el ser!  
Yo solo aspiro, madre, a ser tu hijo,  
A amar la libertad que tú has amado,  
A adorar la virtud que has adorado,  
Y de hijo tuyo el nombre merecer.

## XXXIX.

Pero no reinarán, que el mal se gasta,  
Y cesará su bárbaro recreo;

Tendrá Israel al fin su Macabeo,  
Tendrán los Holofernes su Judith.  
¡No hay mas Señor que Dios! — ¡El nos asista!  
¡No hay mas Señor que Dios! — ¡Con El vivamos!  
¡No hay mas Señor que Dios! — ¡En El confiamos!  
Con Dios — por Dios — de Dios será la lid.

El poeta estaba preso, y desde la prisión escribió su composición: *Estoy en la cárcel*, llena de fuego y valentía. Ella revela el temple de alma, el valor, la fe y la decisión de aquel ciudadano. Pues bien, aquí la generalidad no conocía quién era Arboleda, y algunas desdénosas sonrisas despertaron las palabras que anunciaron su muerte, como una pérdida para la América.

Para estimar mejor el mérito de este libro, citaremos los nombres de los poetas y literatos que abrazan sus estudios biográficos: Salvador Sanfuentes, — José María Heredia, — Andrés Bello, — José Joaquín de Olmedo, — Silveria Espinosa de Rendon, — José Eusebio Caro, — Antonio José de Irisarri, — Abigail Lozano, — Bartolomé Mitre, — R. P. Fr. Manuel Navarrete, — José Fernández Madrid, — Rafael María Baralt, — J. V. Lastarria, — José Antonio Calcaño, — Estéban Echevarría, — José Heriberto García de Quevedo, — Guillermo Prieto, — Florencio Balcarce, — Claudio Mamerto Cuenca.

El segundo tomo comprende estudios sobre las obras de los siguientes escritores: Julio Arboleda, — José Mármol, — José Antonio Maitín, — Francisco Manuel Sánchez de Tagle, — Guillermo Matta, — José María Esteva, — Juan Carlos Gómez, — Gabriel de la Concepción Valdés, — S. Rodríguez Galvan, — Guillermo Blest Gana, — Eusebio Lillo, — Hilario Ascasubi, — Miguel Luis Amunátegui, — Joaquín Vallejos, — Hermógenes Irisarri, — Manuel Nicolás Corpancho, — Joaquín Pesado, — Manuel María Madiedo.

Poetas, publicistas, historiadores, hombres de todas edades se encuentran en esta galería, que no es sino la primera serie de los estudios del señor Torres Caicedo.

Conoció el propósito del autor, veamos la ejecución; cedámosle la palabra, él nos dice que su objeto es: «Elogiar lo que hallamos digno de elogio en los actos y escritos de los americanos, cualesquiera que sea el país a que pertenezcan, la bandera que sigan y la edad que tengan: además, queremos estimular a los genios que empiezan su vuelo en esas repúblicas, y que regularmente no encuentran desde su apareamiento sino un ejército de críticos injusos y apasionados, que desalentándoles les hacen recoger en la más vituperable inercia.»

Así pues, no solo se ha propuesto servir a las letras americanas dando a conocer los nombres y las obras de los escritores más notables a su juicio, sino que quiere estimular a los ingenios de estos países, donde hasta ahora el cultivo de la inteligencia no es sino un lujo; puesto que no produce para vivir, ni a veces da consideración ni respeto.

Por esto es que, recomendamos este libro a la juventud, que no distingue sino los dorados horizontes de la edad florida y tiene la fe pura no debilitada aun por las decepciones y las injusticias que traen los años; por eso recomendamos este libro a esa juventud ávida de gloria. Su lectura es eminentemente americana bajo todos conceptos, animadora, y casi pudiéramos decir, que consuela y alienta.

El señor Torres Caicedo es sóbrio en la crítica, presenta la faz brillante de los escritores, disimula con cuidado exquisito los defectos, sin excluir la digna y severa imparcialidad en sus juicios. Esta benevolencia le ha sido reprochada, y nosotros mismos la juzgábamos como un defecto, cuando solo conocíamos parte del libro; pero leyendo toda la obra se comprende y explica perfectamente que esa indulgencia es en el autor un rasgo de caballerescas nobleza: él quiere presentar a sus compatriotas bajo un rayo de luz, a otros abandona la tarea de mostrar las sombras. El quiere derramar gloria sobre los sur-americanos, no crítica. Hasta en esa ausencia de severidad hay mérito. Empero sus juicios están llenos de sensatez, como lo muestran las transcripciones que frecuentemente hace de los escritos que examina: dotado de un delicado gusto literario, versado en la literatura inglesa, francesa y española, su libro muestra la fácil erudición del literato distinguido.

Intencionalmente no nos ocupamos de la persona de este escritor, porque nuestros lectores no olvidarán las noticias que sobre él nos dió el señor Clavayros, y fueron publicadas en esta *Revista*.

Si el juicio de este crítico, como el del eminente Jules Janin, es favorable al autor, no lo es menos el de casi toda la prensa francesa y española.

*Le Constitutionnel* en un largo artículo bibliográfico, dice lo siguiente:

«En esas páginas instructivas y vivamente coloridas no existe un anticipado propósito, ni malevolencia preconcebida, ni elogios de corrillo. Tolerancia, buen gusto, penetración, espíritu observador, ayudado de una rica erudición que autoriza al autor a formular juicios fundados sobre los hombres y las cosas, tales son los rasgos principales que caracterizan a los *Ensayos biográficos* en su aspecto general. El señor Torres Caicedo no tiene otra bandera sino la de la libertad, ni otra divisa sino la suya propia, escrita en su primera obra: Religión, patria y amor!»

El juicio del señor Gaulhiac coincide con el nuestro en cuanto a la competencia del autor de los *Ensayos biográficos* y al acierto de sus juicios, que si no siempre son severos, son imparciales y desinteresados.

En Francia mismo se han apercibido algunos escri-

(1) Artículo tomado de la *Revista de Buenos Aires*.

tores de la influencia que este libro puede ejercer no sólo en las letras, sino como prenda de concordia y de fraternidad, es decir, como una noble aspiración a la unificación de la literatura americana. En apoyo de este juicio, citaremos las siguientes palabras de M. Bonneau que tomamos de la *Opinion Nationale*: « El estilo, dice hablando de los *Ensayos biográficos*, es á la vez vivo y reposado, la crítica vasta, elevadas las vistas, y se ve en el fondo de todos esos juicios sobre los poetas é historiadores nacionales, manifestarse con una inalterable persistencia la necesidad de union, de concordia y de paz que domina mas y mas en los pueblos de la América española. Aplaudamos con todas nuestras fuerzas: es la paloma que entra en el arca con la rama de olivo. »

« Levantando, agrega el crítico, este panteón á las glorias de la América española, el señor Torres Caicedo ha alcanzado acertadamente el objeto que se propuso. Todos los que lean su libro, todos aquellos que puedan apreciar la delicadeza y belleza de las poesías que él cita, por decirlo así, en cada página, comprenderán que la raza hispano-americana está llamada en el mundo á brillantes destinos, de los cuales es ya digna por el desarrollo de su inteligencia y por su ardiente amor por la libertad. »

Estos juicios de la prensa francesa prueban que el libro del señor Torres Caicedo ha sido para los literatos europeos la revelación de un misterio, puesto que, acostumbrados á mirar con indiferencia á estos países, no se tomaban el trabajo de seguir el desarrollo intelectual que en ellos se ha operado, y por eso la exhibición de esa galería de escritores y poetas ha sido una verdadera revelación. El libro pues sirve en Europa mostrando que la inteligencia tiene su culto en América, y en esta, estimulando á ese culto y sirviendo de iniciativa á la unificación, al menos en el santuario de las letras.

El libro de que nos ocupamos es un timbre de gloria para su autor; este libro vivirá en la memoria de los que lo hayan leído.

*La Presse, le Pays y le Temps* anuncian que el señor Torres Caicedo ha renunciado el empleo diplomático que desempeñaba en París, como encargado de negocios de Venezuela, á consecuencia de los últimos sucesos en Caracas, y con este motivo hacen elevados y merecidos elogios de este notabilísimo escritor americano. ¡Ojalá pronto podamos anunciar nuevas obras de este ilustre escritor! (1)

VICENTE G. QUESADA.

**Ciencias.**

ASTRONOMIA DE LOS HABITANTES DE JUPITER.

Vamos á hablar del primero de los mundos gigantes que dan vuelta en las lejanas zonas de nuestro sistema, del mas importante de los cuerpos celestes que constituyen nuestro grupo planetario, y del que entre ellos parece estar mejor favorecido en el punto de vista de las condiciones generales de habitabilidad. Este es Júpiter, elevado con justo titulo por la antigua mitología á primer rango de la gerarquía del Olimpo; Júpiter, en otro tiempo rey de los dioses y de los hombres, destituido actualmente de esta dignidad real nominativa, pero quedando príncipe de la corte del Sol y « el mas rico de la casa de Apolo » segun decia el astrologo geomántico de Catalina de Médicis.

Júpiter merece en realidad la noble reputación que se le ha concedido desde el dia en que destronó á Saturno, su padre; mas en desquite este ha perdido mucho en el concepto de todos, y Dios sabe lo mal que de él se ha hablado y todavía se habla. Si se juzga primeramente al astro joviano por su grandeza, comparado con nuestra pequeña tierra, se verá que aquel es un globo presentable y muy digno de la complacencia divina. Siendo su tamaño mil y cuatrocientas veces el de la tierra, los que consideran nuestro mundo algo grande, no podrán dejar de convenir en la inmensa superioridad de Júpiter. Bajo el punto de vista de los periodos que miden la vida de sus habitantes, consideremos que sus años son casi doce veces mas largos que los nuestros, y que los hombres de Júpiter solamente tienen ocho años en el mismo tiempo que nosotros contamos un siglo. Si pues viven el mismo número de años jovianos que nosotros vivimos de años terrestres, los centenarios de aquellos países tienen cerca de 1,200 años de los nuestros (1,187); es como si se dijera, por ejemplo, de uno de nuestros ancianos, que se acordaba de haber visto en la época de su infancia á Carlomagno y de haber militado en las cruzadas.

Sin embargo, estos dos elementos, el tamaño de un planeta y su período de revolución anual, cuya comparación con los elementos análogos de nuestro globo puede ser útil para hacer comprender toda la diversidad que distingue á los mundos unos de otros, no son de capital importancia en su aplicación á la biología del planeta, principalmente en el ejemplo de Júpiter; porque si por una parte establecen mayor tamaño y mas lentitud en el conjunto de las funciones orgánicas generales, hay por otra parte un elemento que á cada

paso viene á cortar estas funciones y á causar una frecuente repetición de los actos de la vida. Queremos hablar acerca de la duración tan corta de los días y de las noches.

El movimiento de rotación de Júpiter se verifica en menos de diez horas: en 9 h. 55 m. 45 s.; lo cual no da á este planeta mas de cinco horas de día verdadero. En este periodo deben ejecutarse todas las operaciones diarias de la vida. Si pues se juzgara por lo que en la tierra acontece, donde los órganos de la vida se fatigan y acaban al individuo con mayor rapidez en proporción á la mayor frecuencia con que han sido puestos en juego, nos moveríamos á creer que la duración media de la vida en Júpiter es aun mas corta que aquí abajo; mas interpretando prudentemente las lecciones de la naturaleza y discurrendo segun su efectivo poder y conforme á su modo de obrar en todo, se debe sencillamente deducir que hay compensación entre los diversos elementos de habitabilidad que pertenecen á este planeta, y que la vida ha nacido, allí igualmente que aquí, en íntima correlación con el estado del mundo.

Acercas de la rapidez de los días y de las noches en Júpiter, J. J. de Littrow, padre del sabio director actual del observatorio de Viena, se preguntaba en su obra titulada *Las Maravillas de los cielos*, cómo los delicados gastrónomos de aquellos países tenían organizadas sus comidas en el corto intervalo de cinco horas. Compadecíase tambien de las damas de Júpiter, á causa de las cortisimas noches de este planeta y de los bailes mas cortos aun. Pero en desquite se alegraba de que los astrónomos jovianos podían observar con la vista natural y en medio del día las mas hermosas estrellas, en razon de la débil intensidad de la luz solar, que en Júpiter es veinte y siete veces menor que en la tierra.

Aquí nos permitimos hacer unas observaciones que someteremos al exámen de M. Carlos Littrow: Si en Júpiter la luz es veinte y siete veces mas intensa que aquí, los ojos de los habitantes de este planeta deben hallarse organizados para este estado de cosas, de tal manera, por ejemplo, que en su medio día disfruten relativamente de la misma luz que nosotros en nuestro medio día; pues si fuera de otro modo, no solamente los habitantes de Júpiter, sino aun con mayor motivo los de Saturno, de Urano, de Neptuno, etc., vivirían en una claridad mucho mas débil, y finalmente, en un crepúsculo en que nuestros ojos no reconocerían los objetos del mundo exterior, lo cual no es admisible. Pues si los ojos de que se habla, son mucho mas sensibles por estar mas lejanos del sol, la luz de este astro es para ellos de la misma intensidad relativa; lo cual quiere decir, que en medio del día no ven las estrellas mejor que nosotros.

El ecuador de Júpiter coincide casi con el plano de su órbita, siendo la oblicuidad de la elíptica solo de 3° 25'. Este astro disfruta de un perpétuo equinoccio; los días son iguales entre sí desde el principio hasta el fin del año, y esto para todos los puntos del globo; los climas son constantes para cada latitud; las estaciones apenas son sensibles: una eterna primavera reina en ese mundo. Tal es el conjunto de las condiciones biológicas, que dan á ese planeta un grado de habitabilidad superior al que corresponde á nuestro globo.

Acaso se objetará que las variaciones de nuestras estaciones son causa de agrado entre nosotros por la diversidad que esparcen sobre nuestra vida; que la hermosura de la primavera no es apreciada sino por su contraste con el triste invierno; que sin las vicisitudes á veces desastrosas de nuestras estaciones, una fria monotonía cubriría la superficie del globo; que la va-

riedad de los climas es, por otra parte, una causa de actividad para nosotros; y que en definitiva, si los pesimistas quisieran cambiar el estado de la Tierra, no sabrían bien qué transformación hacerle sufrir para ponerla mejor. Contestaremos, que Júpiter, en la perpétua renovación de su vida, puede ser mas diversificado todavía de lo que lo es la Tierra, por medio de esplendores siempre nuevos; que si las combinaciones son menos variadas, por lo mismo están mejor armonizadas, y que en fin, la inagotable fecundidad de la naturaleza, cuyas manifiestas pruebas encontramos á cada paso que damos sobre la Tierra, puede haber sembrado en Júpiter maravillas incomparables, desconocidas de nuestro pequeño mundo, y mucho mas diversificadas, porque en aquel astro parece que los climas varian, siguiendo una ley constante desde el ecuador á los polos.

Se objetará indudablemente, y ahora con mayor apariencia de razon, que las condiciones fundamentales de la vida se hallan íntimamente ligadas con las alternativas de las estaciones; y se alegrará, por ejemplo, que en la Tierra sin los hielos del invierno, el trigo creciera como yerba y no produciría las ricas espigas que son la parte principal de nuestro alimento, que lo mismo sería respecto á los demás cereales, y que por consiguiente, donde no hay invierno, no hay trigo, ni pan, ni acaso hombres. No se ría el lector; se ha dicho esto, ó á lo menos se ha impreso. A la verdad, es necesario haber comprendido poco el poder de la acción de la naturaleza, para suponer que en los demás mundos esté sometida á las leyes parciales inherentes al nuestro, y que donde las condiciones de la vida terrestre no existen, no podría presentarse ninguna manifestación de la vida. Sabemos en mecánica celeste, que la oblicuidad de la elíptica no hace sino oscilar al rededor de una posición media, que nunca ha sido nula y que no lo será jamás; sabemos por otro lado, segun la fisiología, que la vida terrestre se halla del mismo modo encerrada en ciertos limites, fuera de los cuales no podría aparecer. Pero pretender que el mismo sistema de vida existe en los demás mundos, cuya constitución astronómica difiere radicalmente del nuestro, es estar en el mas vano error. Sería lo mismo que decir, que la Tierra es el tipo de la creación toda entera, que ella es la única que está habitada, ó que no hay habitados en el espacio sino los mundos que se le asemejan. En nuestro ejemplo particular, cambiada la oblicuidad de la elíptica, se modifican las estaciones y se trasforman las condiciones de la vida y la vida misma. Puesto que entre esas condiciones astronómicas, la perpendicularidad del eje de rotación podría ser una de las preferibles, nos vemos inclinados á pensar que la habitación de aquellos mundos es efectivamente superior á la de los demás mundos, y que la sabia naturaleza ha provisto convenientemente al sustento y conservación de sus amados hijos.

Los habitantes de Júpiter ven al sol cinco veces mas pequeño que nosotros lo vemos; se les presenta bajo la forma de un disco circular de 5' 45" de diametro, y su luz es, segun hemos dicho, veinte y siete veces menos intensa. « Esta luz no es tan débil como se piensa, dice Huygens; recuerdo haber observado durante un eclipse de sol, en que no quedaba sino la vigésima parte de su disco que no estuviese cubierto con la luna, y apenas se notaba que hubiese mas oscuridad que de ordinario. »

El sol, visto desde Júpiter, sigue sobre la estrellada esfera un movimiento dirigido de Occidente á Oriente, que lo ejecuta entre las constelaciones zodiacales en poco mas de 4,332 días, ó en 11 años, 10 meses y 17 días. El zodiaco de Júpiter tiene solamente 6° 46' de anchura.

Las estrellas caminan de Oriente á Occidente y hacen sus revoluciones completas en menos de diez horas, de modo que el intervalo comprendido entre el nacer y el ponerse de una misma estrella, vista desde Júpiter, no llega nunca á cinco horas.

Es muy probable que en Júpiter no sean conocidos Mercurio ni Venus; porque estos dos planetas se quedan constantemente entre los rayos solares. La Tierra misma es para los observadores de ese mundo una pequeña estrella invisible ó visible apenas á la vista natural, que se presenta algunos minutos antes de la aurora y que desaparece algunos minutos despues del crepúsculo, no alejándose del sol mas de doce grados. Marte puede ser visto con mayor facilidad, porque se aleja hasta diez y seis grados.

La Tierra y Marte son pues los únicos planetas inferiores conocidos de los astrónomos de Júpiter. Saturno es un planeta superior, cuyos movimientos están separados por periodos en que él se halla estacionario. Lo mismo acontece con Urano y con Neptuno.

Los cuatro satélites de Júpiter hacen sus revoluciones en muy corto tiempo comparativamente con nuestra revolución lunar. Los habitantes de este planeta pueden observar todos los días una luna mayor que la nuestra, situada á la distancia de 108,000 leguas, que se eclipsa regularmente por intervalos iguales casi á 1 dia 3/4. El marino debe hallar en la rapidez de este movimiento un medio exacto para determinar las longitudes de los puntos donde se encuentre; los eclipses de aquella luna y los eclipses del sol deben conducir diariamente á métodos faciles para perfeccionar la navegacion. Pero á no ser que allí baya, como aquí, unos Delaunay y unos Hausen dedicados á la *Teoría de las lunas* y calculadores del *Conocimiento de los tiempos*, no deben hallarse muy complacidos por tener que determinar cuatro movimientos lunares. Su suerte bajo este punto de vista no es preferible á la nuestra, y mucho menos no habiendo en Júpiter mas que cinco horas de día.

L. E.

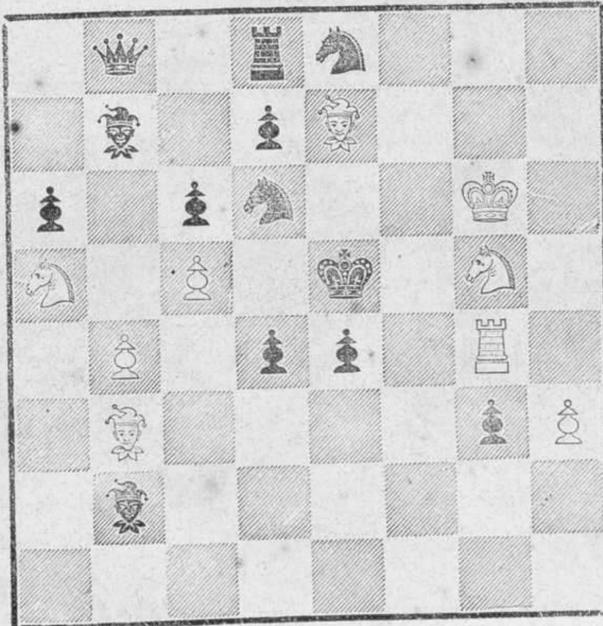
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 91.

- 1 C 4ª TR jaque R come P
- 2 Ra 4ª CR R 5ª ó 6ª Ra
- 3 C 6ª ó 2ª AR jaque
- 4 Ra ó A jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 92, POR M. WILLMERS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

(1) Están en prensa del mismo autor: *Estudios sobre el gobierno inglés y sobre la influencia anglosajona.* — Primera serie — 2 vol. *Miscelánea de artículos políticos, económicos, filosóficos, literarios.* — 3 vol.

### El tenor Fraschini.

Los triunfos extraordinarios que está obteniendo Fraschini en el Teatro Italiano de Paris, han concentrado en él toda la atención pública.

Gaetano Fraschini nació en Pavia en 1817. Destinado por su familia a seguir la carrera medical, renunció a ella en breve para consagrarse al estudio del canto. Fué el discípulo predilecto de Moretti, maestro de capilla de su ciudad natal, y cantó por primera vez en público en 1837 en la capilla de Pavia, donde alcanzó tal éxito que al punto le ajustaron de segundo tenor para cantar el *Belisario* en el teatro de la misma ciudad; también en Pavia desempeñó un año mas tarde el papel de *Iago* en *Otello*, en compañía del célebre Giovanni David. En la feria de Bérgamo, contratado primeramente para sustituir a Poggi, se presentó despues en el *Otello*, siempre al lado de David, pero esta vez en el papel de Rodrigo. De Bérgamo, Fraschini pasó al teatro de la Scala de Milan, y de este a San Carlo, de Nápoles, donde permaneció hasta 1848. Durante este periodo de 1840 a 1848, hizo algunas temporadas en Viena y en Bólonia, donde tuvo el honor de trabar conocimiento con Rossini. De 1850 a 1851 vuelve a estar en Bérgamo, cuna de su gloria, y luego canta dos temporadas en Lisboa y tres en Madrid. Lóndres le llama también, y aquí su fama no decae.

Por último, le faltaban los aplausos de Paris, y apenas se presenta los obtiene. La prensa toda conviene en decir que desde Rubini no se ha oído en los Italianos un tenor tan completo.

Muchas óperas han sido escritas especialmente, y en cada una de ellas ha dejado estampado el sello de una poderosa facultad creadora.

Hé aquí los títulos de las partituras:

En Nápoles: *Saffo*, del maestro Pacini; *Stella di Napoli*, id.; *Fidanzata Corsa*, id.; *Vascello di Gama*, de Mercadante; *Il Proscritto*, id.; *Orazi e Curiazi*, id.; *Catarina Cornaro*, de Donizetti; *Marco Visconti*, de Petrella; *Anna la Prie*, de Battista; *Eleonora Dori*, id.  
En Trieste: *Il Corsaro*, id.; *Stifelio*, de Graffigna.



Fraschini, primer tenor del Teatro Italiano de Paris.

En Roma: *Battaglia di Legnano*, de Verdi; *Ballo in Maschera*, id.

En Venecia: *Luisa Strozzi*, de Ronzi Antonio.

En Viena: *Il Marito e l'Amante*, de Ricci Federico; *Il Paniere d'amore*, id.

X.

### Nuevo Ateneo musical en Paris.

Hé aquí una nueva institución fundada en el barrio de San German, cerca del museo de Cluny, es decir, en medio de una población activa y de la mas alta y aristocrática sociedad de Paris. M. Raousset-Boulbon, a quien se debe la creación de este establecimiento, ha querido dar al *Ateneo musical* una utilidad incontestable.

La orquesta, compuesta de cincuenta y cuatro músicos de talento, y colocada bajo la dirección de un verdadero artista, M. Paquis, que ha estado en el Teatro Italiano, ejecutará las obras de los inmortales maestros Beethoven, Haydn, Mozart, Gluck, Rossini, Meyerbeer, etc.

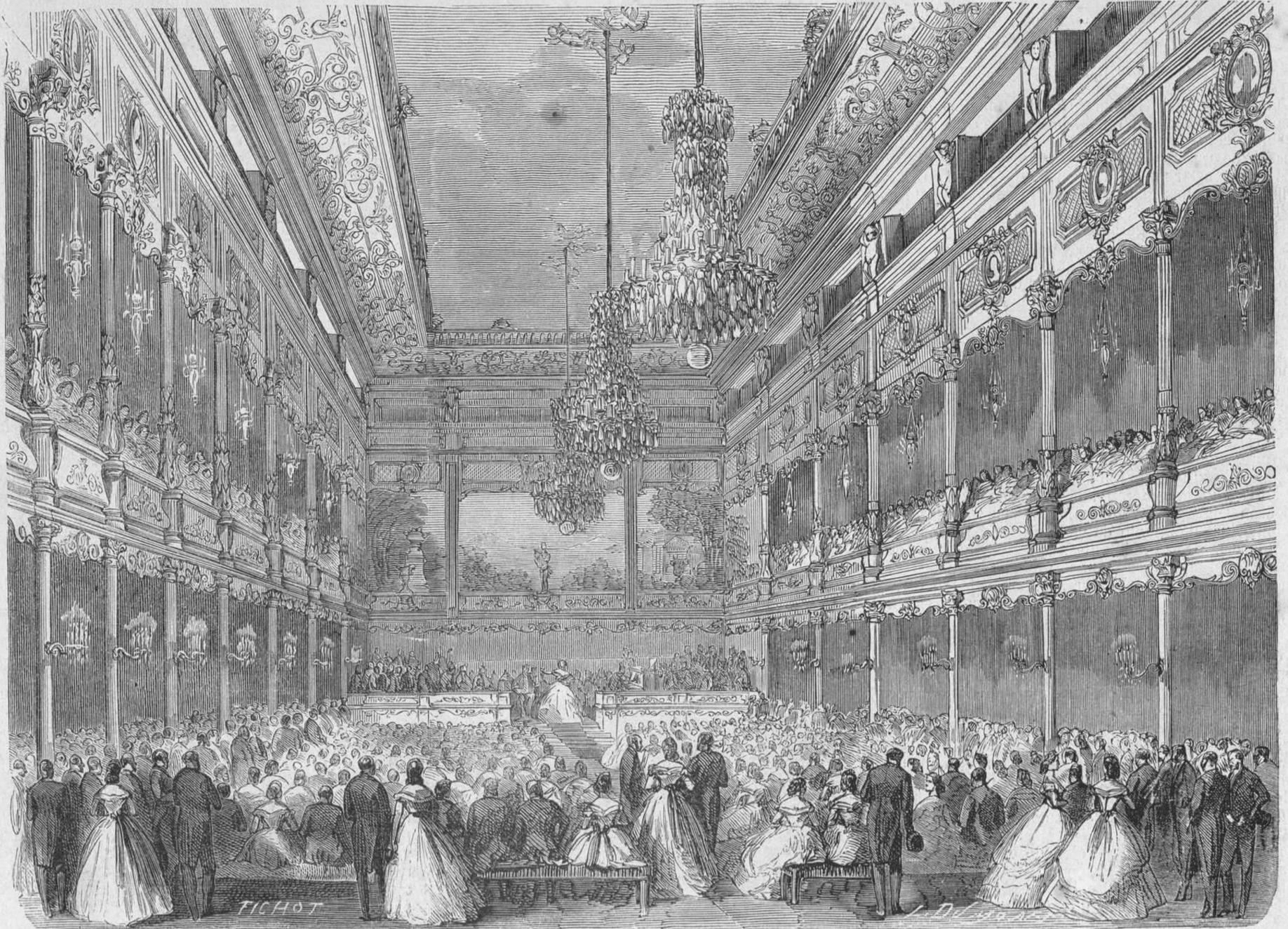
A mayor abundamiento, M. Raousset-Boulbon se ha propuesto también la feliz innovación de proporcionar a los autores desconocidos aun, el medio de ofrecer al público sus obras. Un comité, formado de críticos imparciales, estará encargado de juzgar las obras que se presenten, y los compositores hallarán igualmente en el *Ateneo musical* un editor benévolo y poderoso. Por último, los cantantes de ambos sexos encontrarán allí la misma acogida, y podrán hacerse apreciar del público de Paris antes de arriesgarse en mayor escena.

Confiamos en el buen éxito de una empresa organizada con tanta inteligencia y bajo un punto de vista tan útil como laudable. M. Raousset-Boulbon se ha asegurado ya el concurso de los primeros ejecutantes y de la crítica; creemos que puede contar también con el del público.

La nueva sala podrá contener unas mil quinientas personas. Su disposición es la mas conveniente para un instituto consagrado a la música instrumental y vocal. Su adorno exterior, estilo Luis XV, es de mucha elegancia y buen gusto. El salon está adornado de hermosas pinturas y de estatuas artísticamente agrupadas, debidas a los señores Hugot y Desachy.

Paris va a tener por fin una sala de conciertos análoga al *Exeter Hall* de Lóndres, donde se han hecho oír todos los grandes artistas, y donde el mundo artístico se reúne cada noche.

P. P.



Nuevo salon del Ateneo musical en el boulevard San German en Paris.

# INDICE DE LAS MATERIAS

## DEL TOMO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Número 547.	Págs.	Número 551.	Págs.	Número 555.	Págs.
La noticia de la toma de Puebla (grabado) . . . . .	1	Una revolucion en Madagascar (grabado) . . . . .	65	Expedicion á Méjico (grabado) . . . . .	129
No hay tontos. . . . .	2	La tragedia del infante. . . . .	66	La lisonja. . . . .	id.
Un viaje barato. . . . .	id.	Los perros. . . . .	67	Los descubrimientos. . . . .	130
Cavilosidad de un vivo al ver enterrar á un muerto. . . . .	id.	Llegada de la guarnicion de Puebla al campamento francés (grabado) . . . . .	68	El corazon. . . . .	131
Viaje de SS. AA. II. el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde (grabados) . . . . .	3	Entrada solemne del ejército francés en Puebla (grabado) . . . . .	69	Juicio crítico. . . . .	id.
Revista de Paris. . . . .	6	Revista de Paris. . . . .	70	Entrada de la division Bazaine en Méjico (grabado) . . . . .	132
El conde de Luce. . . . .	7	Al pié de un árbol . . . . .	71	La calle de los Plateros en Méjico (grabado) . . . . .	133
Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	9	Panorama de Méjico á Puebla (grabado) . . . . .	72	Revista de Paris. . . . .	134
La enamorada recluta. . . . .	10	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	74	El dia y la noche. . . . .	135
El camino de Puebla á Méjico (grabado) . . . . .	11	Las dos perlas. . . . .	75	En un album. . . . .	id.
Sport parisiense (grabados) . . . . .	13	Expedicion á Méjico (grabados) . . . . .	76	Entrada de los franceses en Méjico (grabado) . . . . .	136
Recuerdos y descripciones del suelo vizcaino. . . . .	14	Sucesos contemporáneos (grabados) . . . . .	77	Los ladrones en Inglaterra. . . . .	138
Revista de la moda. . . . .	15	Revista de la moda. . . . .	79	Sucesos de América (grabados) . . . . .	140
Nuevo templo inglés en Niza (grabado) . . . . .	16	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.	Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	141
Los nuevos artistas de la Grande Opera de Paris (grabados) . . . . .	id.	El tiro nacional italiano (grabados) . . . . .	80	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	id.
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.			Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	144
				Carreras de caballos en Nancy (grabado) . . . . .	id.
		<b>Número 552.</b>			
<b>Número 548.</b>		El emperador en Vichy (grabado) . . . . .	81	<b>Número 556.</b>	
Fiesta dada por el emperador en Fontainebleau con motivo de la toma de Puebla (grabado) . . . . .	17	Bilbao. . . . .	82	Tipos del siglo. . . . .	145
La usura. . . . .	id.	¿A dónde vamos? . . . . .	id.	Distribucion de premios de la casa de la Legion de Honor (grabado) . . . . .	id.
Bolsa y espectáculos. . . . .	19	La colonizacion de Fernando Póo. . . . .	83	Juicio crítico. . . . .	146
La firma del tratado de paz con el rey de Annam en Hué (grabado) . . . . .	id.	El general Oudinot (grabado) . . . . .	id.	Las etapas de Puebla á Méjico (grabados) . . . . .	150
Expedicion á Méjico (grabados) . . . . .	20	Campamento de los spahis en Saint-Maur (grabado) . . . . .	84	Revista de Paris. . . . .	id.
Revista de Paris. . . . .	21	Nuevo teatro de Variedades en Ginebra (grabado) . . . . .	85	A M. Velpeau. . . . .	151
Flaquezas del corazon. . . . .	22	Monumento del príncipe Alberto (grabado) . . . . .	id.	Fantasia. . . . .	id.
Inauguracion del ferro-carril de Waldshut á Constanza (grabado) . . . . .	26	Revista de Paris. . . . .	86	Los perros. . . . .	id.
La enamorada recluta. . . . .	id.	Recuerdos de viaje. . . . .	id.	Las carreras del Pin (grabado) . . . . .	153
Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	27	La cosecha (grabado) . . . . .	88	Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	154
Los segadores salvajes (grabados) . . . . .	id.	La cueva de los Leonos (grabado) . . . . .	90	Una excursion por Castilla y las provincias Vascongadas. . . . .	id.
Don Francisco Acuña de Figueroa (grabado) . . . . .	30	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	id.	La Compañía peninsular de las Indias inglesas y de la China (grabados) . . . . .	155
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	31	Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	91	Establecimientos franceses en la India (grabados) . . . . .	156
M. Michelin (grabado) . . . . .	32	Los segadores salvajes (grabados) . . . . .	92	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	158
El comandante francés M. Lamy (grabado) . . . . .	id.	María. . . . .	94	Revista de la moda. . . . .	160
La cantatriz Volpini (grabado) . . . . .	id.	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	95	Eugenio Delacroix (grabado) . . . . .	id.
		Al abrigo (grabado) . . . . .	id.	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.
		M. Aimé Capitan (grabado) . . . . .	96		
				<b>Número 557.</b>	
<b>Número 549.</b>		<b>Número 553.</b>		El emperador Francisco José I (grabado) . . . . .	161
Abanderado polaco (grabado) . . . . .	33	Trofeos mejicanos (grabado) . . . . .	97	Las treinta y seis medallas de la real Academia española. . . . .	162
Pintura, escultura y arquitectura. . . . .	34	La ley de ascensos. . . . .	98	El Congreso de soberanos en Francfort (grabados) . . . . .	164
Fátima. . . . .	35	Crítica literaria. . . . .	id.	Revista de Paris. . . . .	167
Avanzada de cosacos insurrectos (grabado) . . . . .	36	Petrarca. . . . .	99	Los dibujos en madera de Eugenio Delacroix (grabado) . . . . .	id.
Llegada á Druszkopol de una partida de voluntarios (grabado) . . . . .	id.	Llaves de plata de Méjico, banderas y proyectiles (grabado) . . . . .	100	Una excursion por Castilla y las provincias Vascongadas. . . . .	170
Expedicion de Cochinchina (grabados) . . . . .	id.	Estudios de fumadores (grabados) . . . . .	101	Establecimientos franceses en la India (grabados) . . . . .	171
Revista de Paris. . . . .	id.	Revista de Paris. . . . .	102	Correspondencia del Perú (grabados) . . . . .	174
Poesía. . . . .	38	La Luna y la Tarde. . . . .	id.	Las fuentes del Nilo (grabado) . . . . .	id.
Estudios históricos. . . . .	id.	Poesía. . . . .	103	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	id.
Gavarni. Sus obras y su morada (grabados) . . . . .	39	Descubrimiento del origen del Nilo. . . . .	id.	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	176
La enamorada recluta. . . . .	42	Establecimientos franceses en la India (grabados) . . . . .	id.	La fortaleza de Josefstadt (grabado) . . . . .	id.
Las dos perlas. . . . .	id.	La Compañía peninsular de las Indias inglesas y de la China (grabados) . . . . .	105		
Proyecto de monumento en Turin (grabado) . . . . .	43	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	106	<b>Número 558.</b>	
Exposicion hortícola en Lila (grabado) . . . . .	id.	Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	107	Baile dado por el ejército francés á las señoras de Méjico (grabado) . . . . .	177
Tumbas de los Assiniboins (grabado) . . . . .	44	María. . . . .	108	Revista española. . . . .	178
Don Francisco Acuña de Figueroa. . . . .	46	Revista de la moda. . . . .	111	Las especulaciones. . . . .	179
Revista de la moda. . . . .	47	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.	Sucesos de Polonia (grabados) . . . . .	180
Góndola y caic de S. M. la emperatriz (grabados) . . . . .	48	Fiesta de beneficencia en Avesnes (grabado) . . . . .	id.	Terremoto de Manila (grabados) . . . . .	id.
Varada de la fragata-ariete <i>Regina Maria Pia</i> (grabado) . . . . .	id.	El general príncipe Mourawieff (grabado) . . . . .	id.	Revista de Paris. . . . .	182
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.	A. N. Fontainas (grabado) . . . . .	112	La mañana y la tarde. . . . .	183
				Regatas de Saumur (grabado) . . . . .	id.
<b>Número 550.</b>		<b>Número 554.</b>		Inauguracion del campo de carreras en Tolon (grabado) . . . . .	id.
Combate de San Pablo del Monte (grabado) . . . . .	49	Viaje del sultan en la Turquía de Asia (grabado) . . . . .	113	Fiestas de Cherburgo (grabado) . . . . .	id.
Revista española. . . . .	id.	Revista española. . . . .	id.	Rincones de España. . . . .	id.
Revista de Paris. . . . .	51	Mi mejor amigo. . . . .	115	El conde de Barcelona. . . . .	186
La batalla de San Lorenzo (grabado) . . . . .	52	Sucesos de Polonia (grabados) . . . . .	116	La caza (grabados) . . . . .	188
Mis tres vecinos. . . . .	54	Sucesos de América (grabados) . . . . .	id.	Una excursion por Castilla y las provincias Vascongadas. . . . .	190
Expedicion á Méjico (grabados) . . . . .	55	Revista de Paris. . . . .	id.	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	id.
Fragmentos de viaje de Madrid á Nápoles. . . . .	58	Poesía religiosa. . . . .	118	El pugilismo (grabado) . . . . .	192
Código penal de los marroquíes. . . . .	59	Un artista célebre. . . . .	119	El <i>Puebla</i> (grabado) . . . . .	id.
Los segadores salvajes (grabados) . . . . .	id.	El tiro de la Chaux-de-Fonds (grabados) . . . . .	120	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.
Banquete dado al príncipe y á la princesa Napoleon en Alejandria (grabado) . . . . .	62	Los últimos cuentos de Edgardo Poe. . . . .	122		
Las dos perlas. . . . .	id.	El gráfito de la Siberia (grabado) . . . . .	123	<b>Número 559.</b>	
Recepcion de SS. AA. II. por la comision de la colonia francesa en Alejandria (grabado) . . . . .	64	Las armas de largo alcance (grabados) . . . . .	124	La infancia de Carlos V (grabado) . . . . .	193
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.	Los ladrones en Inglaterra. . . . .	126	La cara. . . . .	id.
		María. . . . .	127	La noche. . . . .	194
		Tercer aniversario secular del concilio de Trento (grabado) . . . . .	128	La vecindad. . . . .	195
		Monseñor Zwysen (grabado) . . . . .	id.	Campamento de Chalons (grabados) . . . . .	196
		M. Beguin (grabado) . . . . .	id.		
		Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.		

INDICE.

	Págs.		Págs.		Págs.
Establecimientos franceses en la India (grabados) . . . . .	198	Pabellon de la bomba de vapor del palacio de Bagatelle (grabado) . . . . .	267	<b>Número 568.</b>	
Revista de Paris . . . . .	id.	Ascension del globo el <i>Gigante</i> (grabado) . . . . .	268	Llegada de SS. MM. el emperador y la emperatriz al palacio de Compiègne (grabado) . . . . .	337
Don Heraclio C. Fajardo . . . . .	199	Exposicion de las artes industriales (grabados) . . . . .	id.	El collar de la reina . . . . .	338
Procesion de las reliquias en Marsella (grabado) . . . . .	202	Sacrificio y recompensa . . . . .	269	Expedicion á Méjico (grabados) . . . . .	339
Angustia é indiferencia (grabado) . . . . .	id.	Los doce linajes de Soria . . . . .	271	Revista de Paris . . . . .	342
El conde de Barcelona . . . . .	id.	Don José M. Gutierrez de Estrada (grabado) . . . . .	id.	El verdugo . . . . .	id.
Los pastores del valle de Ossau (grabados) . . . . .	203	La isla de Ouessant (grabado) . . . . .	id.	La escuadra inglesa en el canal de la Mancha . . . . .	343
Las fiestas de Basilea (grabado) . . . . .	204	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	272	Los percances de la pesca (grabados) . . . . .	344
Los últimos cuentos de Edgardo Poe . . . . .	205	<b>Número 564.</b>		Don Alejandro Magariños Cervantes . . . . .	346
Revista de la moda . . . . .	207	El emperador en San Juan de Luz (grabado) . . . . .	273	Revista de la moda . . . . .	347
Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	id.	Los perros y la estricnina . . . . .	274	El general marqués de Lawoëstine (grabado) . . . . .	id.
Estatuas de los mariscales conde Serrurier y Regnaud de Saint-Jean-d'Angely (grabados) . . . . .	id.	Sucesos de Polonia (grabado) . . . . .	275	Sucesos de Polonia (grabado) . . . . .	id.
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	208	El general Juan Crisóstomo Falcon (grabado) . . . . .	id.	Franquicia de la navegacion del Escalda (grabado) . . . . .	id.
<b>Número 560.</b>		La Musa de Anafé (grabado) . . . . .	276	Paris y Londres en 1793 . . . . .	350
Nuevos uniformes polacos (grabado) . . . . .	209	Monseñor Pelagio Labastida (grabado) . . . . .	id.	Estatua de Napoleon I erigida recientemente en la plaza Vendome (grabado) . . . . .	352
M. Herman y el hombre-cañon . . . . .	id.	El general Miramon (grabado) . . . . .	id.	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.
El fuego . . . . .	210	El general Almonte (grabado) . . . . .	id.	<b>Número 569.</b>	
El conde de Barcelona . . . . .	211	S. E. M. Behic (grabado) . . . . .	277	El general Bedeau (grabado) . . . . .	353
Campamento de las tropas rusas en la plaza de Armas de Varsovia (grabado) . . . . .	212	Nuestra Señora de las Artes (grabado) . . . . .	278	El collar de la reina . . . . .	id.
Palacio habitado por el general Mourawieff en Vilna (grabado) . . . . .	213	Revista de Paris . . . . .	id.	Expedicion á Méjico (grabado) . . . . .	355
El comandante Aymar de Foucault (grabado) . . . . .	id.	El mundo . . . . .	279	El Desierto (grabado) . . . . .	id.
Celebracion de la toma de Puebla en Rio Janeiro (grabado) . . . . .	id.	Fiesta del 15 de agosto en Pondichery (grabados) . . . . .	id.	Recepcion de S. M. el rey de los helenos en el Pireo (grabado) . . . . .	356
Revista de Paris . . . . .	214	Islas Filipinas . . . . .	id.	Revista de Paris . . . . .	358
Si haces mal no esperes bien . . . . .	id.	Paris y Londres en 1793 . . . . .	282	Critica literaria . . . . .	id.
Incendio del serrallo en Constantinopla (grabado) . . . . .	215	Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	285	Bautizo del príncipe real de Portugal (grabados) . . . . .	359
La embajada annamita en Francia (grabado) . . . . .	217	Un instante . . . . .	286	Paris y Londres en 1793 . . . . .	362
Don Ricardo Palma . . . . .	218	La hoja . . . . .	id.	La galería de M. Luis Fould (grabado) . . . . .	363
Exposicion de bellas artes en 1863 (grabados) . . . . .	219	Sacrificio y recompensa . . . . .	id.	Don Alejandro Magariños Cervantes . . . . .	id.
Los últimos cuentos de Edgardo Poe . . . . .	221	Revista de la moda . . . . .	287	La caza (grabados) . . . . .	364
Revista de la moda . . . . .	223	El <i>Factice</i> parisiense (grabado) . . . . .	288	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	367
El faro de los Triagos (grabado) . . . . .	224	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.	Un paisaje de Schirmer (grabado) . . . . .	368
Cadáveres encontrados en Pompeya (grabado) . . . . .	id.	<b>Número 565.</b>		Steeple-chase en la Marche (grabado) . . . . .	id.
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.	Recepcion de la diputacion mejicana por el archiduque Maximiliano (grabado) . . . . .	289	<b>Número 570.</b>	
<b>Número 561.</b>		Larriagaburu . . . . .	290	El nuevo rey de Dinamarca (grabado) . . . . .	369
Jubileo en favor de la Polonia (grabado) . . . . .	225	Critica literaria . . . . .	id.	El collar de la reina . . . . .	370
Señora doña Juana Manuela Gorriti . . . . .	226	M. Billault (grabado) . . . . .	291	Antonio Aurelio I, rey de Arauco (grabado) . . . . .	372
Boleslao Kolyszko (grabados) . . . . .	227	La <i>Florida</i> , fragata confederada (grabado) . . . . .	id.	Sucesos de Polonia (grabados) . . . . .	id.
Inauguracion de la estatua de Santiago van Artevelde (grabado) . . . . .	228	Fiesta de los cadetes en Zurich (grabado) . . . . .	293	Carreras de Kin'at Hané en Constantinopla (grabado) . . . . .	373
Inauguracion del ferro-carril de Lorient á Quimper (grabado) . . . . .	230	Revista de Paris . . . . .	294	Revista de Paris . . . . .	374
Revista de Paris . . . . .	id.	Poesías . . . . .	295	Los sueños . . . . .	id.
Los objetos de lujo . . . . .	231	A una rosa . . . . .	id.	Dos obras célebres . . . . .	375
Miramar (grabado) . . . . .	id.	Vamos á cuentas . . . . .	id.	Critica literaria . . . . .	id.
Las vendimias en las cercanías de Paris (grabado) . . . . .	233	La fiesta de santa Teresa en Avila . . . . .	id.	Cierva y cervatillos en el bosque (grabado) . . . . .	376
Si haces mal no esperes bien . . . . .	234	Ferro-carriles neerlandeses (grabados) . . . . .	297	Cacerías de Compiègne (grabado) . . . . .	377
El guante negro . . . . .	235	Don Vicente G. Quesada . . . . .	298	Los dos arqueros . . . . .	379
Apuntes sobre la expedicion de Cochinchina (grabados) . . . . .	236	Actualidades por Cham (grabados) . . . . .	300	El ciprés . . . . .	id.
Excavaciones del teatro de Baco en Atenas (grabados) . . . . .	237	Paris y Londres en 1793 . . . . .	302	Paseo de artistas de Niza á Villafranca (grabados) . . . . .	id.
Sacrificio y recompensa . . . . .	238	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	304	Paris y Londres en 1793 . . . . .	382
Los últimos cuentos de Edgardo Poe . . . . .	239	La entrada en las escuelas de aldea (grabado) . . . . .	id.	Museo de antigüedades galas en el terradó del palacio de Compiègne (grabado) . . . . .	384
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	240	<b>Número 566.</b>		Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.
El Bitricicle (grabado) . . . . .	id.	MM. Rouland, Rouher y Duruy (grabados) . . . . .	305	<b>Número 571.</b>	
<b>Número 562.</b>		El collar de la reina . . . . .	306	Estatua de Napoleon I en la plazoleta de Courbevoie (grabado) . . . . .	385
Los embajadores annamitas y su comitiva (grabado) . . . . .	241	El milagro de Subiaco (grabados) . . . . .	307	Revista española . . . . .	id.
El fantasma blanco . . . . .	id.	Nueva forma de árboles frutales (grabados) . . . . .	id.	Sucesos de Polonia (grabado) . . . . .	387
El mundo . . . . .	243	Inundacion del Nilo (grabado) . . . . .	309	Fragata de la marina española la <i>Numancia</i> botada al agua en Tolon (grabado) . . . . .	389
Sucesos de Polonia (grabados) . . . . .	245	Concurso de arados en el distrito de Saintes (grabado) . . . . .	310	Revista de Paris . . . . .	id.
Revista de Paris . . . . .	246	Revista de Paris . . . . .	id.	La vida privada y la vida pública . . . . .	390
Fragmentos . . . . .	id.	El mundo . . . . .	id.	El collar de la reina . . . . .	391
Fragmento del <i>Oromanto</i> . . . . .	247	La pluma . . . . .	311	El rey Victor Manuel en Nápoles (grabado) . . . . .	393
Sucesos de los Estados Unidos (grabado) . . . . .	248	El Paraiso en Paris (grabado) . . . . .	312	Paris y Londres en 1793 . . . . .	394
El guante negro . . . . .	249	El Infierno en Paris (grabado) . . . . .	313	Bendicion de la capilla del nuevo refugio de los Matrimonios (grabado) . . . . .	395
Biarritz (grabado) . . . . .	id.	Paris y Londres en 1793 . . . . .	314	Inauguracion de la esclusa de Lery del Eure (grabado) . . . . .	id.
Mi alborada . . . . .	251	Fábrica de ladrillos de M. E. Arnaud (grabados) . . . . .	315	Monte y república de San Marino (grabados) . . . . .	397
Visita de los embajadores annamitas á la fábrica de gas de la Villette (grabado) . . . . .	id.	El Invierno (grabado) . . . . .	316	¡Una madre! . . . . .	399
Exposicion en el palacio de Bellas Artes de Paris (grabado) . . . . .	id.	Don Vicente G. Quesada . . . . .	317	Envidia . . . . .	id.
Estudios de fumadores (grabados) . . . . .	253	Revista de la moda . . . . .	318	Revista de la moda . . . . .	id.
Sacrificio y recompensa . . . . .	254	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	319	Las golondrinas del invierno parisiense (grabado) . . . . .	id.
Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	255	El conde de Ornano (grabado) . . . . .	id.	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	400
Revista de la moda . . . . .	id.	<b>Número 567.</b>		<b>Número 572.</b>	
Alfredo de Vigny (grabado) . . . . .	256	S. M. la emperatriz en Tolon (grabado) . . . . .	321	Visita de los convidados en Compiègne á la plazoleta del Precipicio (grabado) . . . . .	401
Colocacion de la primera piedra del monumento de la batalla de Tourcoing (grabado) . . . . .	id.	Revista española . . . . .	id.	La fiebre amarilla . . . . .	402
<b>Número 563.</b>		¡Dichoso el que tiene novia! . . . . .	323	Notas inéditas sobre Tomás Corneille (grabado) . . . . .	id.
Expedicion de la <i>Semiramis</i> y del <i>Tancrede</i> (grabado) . . . . .	258	Recepcion de S. M. la emperatriz en el arsenal marítimo de Tolon (grabado) . . . . .	324	Las carreras de Blidah (grabado) . . . . .	403
La toma de Tampico (grabado) . . . . .	id.	Paseo de S. M. por la rada (grabado) . . . . .	id.	Nuevas ascensiones á los montes Viso y Cervin (grabados) . . . . .	id.
Revista española . . . . .	id.	Zafarrancho de combate de fuego (grabado) . . . . .	id.	Revista de Paris . . . . .	406
Saqueo de los palacios del conde Andrés Zamoisiki (grabado) . . . . .	259	Expedicion á Méjico (grabados) . . . . .	326	Monte y república de San Marino (grabado) . . . . .	id.
Maniobras de tropas suizas (grabados) . . . . .	261	Revista de Paris . . . . .	id.	El palacio de Prangins (grabado) . . . . .	410
Revista de Paris . . . . .	262	Los ojos azules . . . . .	327	Paris y Londres en 1793 . . . . .	id.
El mundo . . . . .	id.	Dos de noviembre . . . . .	id.	La Natividad (grabado) . . . . .	412
La marina de guerra anglo-americana . . . . .	263	El rey de los helenos en Tolon (grabados) . . . . .	id.	El Arbol de Navidad (grabado) . . . . .	413
El Daghestan (grabados) . . . . .	264	Sucesos de Polonia (grabado) . . . . .	330	Bibliografía . . . . .	414
El Lucero del manantial . . . . .	265	El collar de la reina . . . . .	id.	Ciencias . . . . .	415
Los campanólogos . . . . .	267	Estatua de Napoleon I en la plaza Vendome (grabados) . . . . .	331	Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	id.
		Mas pormenores sobre el naufragio aéreo del globo el <i>Gigante</i> (grabado) . . . . .	334	El tenor Fraschini (grabado) . . . . .	416
		Paris y Londres en 1793 . . . . .	id.	Nuevo Ateneo musical en Paris (grabado) . . . . .	id.
		Don Vicente G. Quesada . . . . .	335		
		Problemas de ajedrez (grabado) . . . . .	336		
		Cacería de los príncipes de Wagram y Murat (grabado) . . . . .	id.		